

Comedia onírica

(Ett drömspel)

AUGUST STRINDBERG

[APOSTILLA DEL AUTOR]

El autor ha intentado en esta comedia onírica, como hizo en la anterior *Hacia Damasco*, imitar la forma incoherente aunque aparentemente lógica de los sueños. Todo puede ocurrir, todo es posible y verosímil. Tiempo y espacio no existen: sobre una insignificante base de realidad, la imaginación hila y teje nuevos dibujos: mezcla de recuerdos, vivencias, puras invenciones, absurdos e improvisaciones.

Los personajes se escinden, se multiplican, se doblan, se desdoblan, se evaporan, se condensan, desaparecen, se reúnen. Pero sobre todos ellos, hay una conciencia, la del soñador; para él no hay secretos, inconsecuencias, ni escrúpulos ni ley. Él no condena, ni absuelve, simplemente narra, y como generalmente en los sueños hay más dolor que alegría, recorre la vacilante narración un aire de melancolía y de compasión con todo lo vivo. El sueño, el libertador, se comporta a menudo como verdugo, pero cuando más fuerte es la tortura, se presenta el despertar y reconcilia al sufriente con la realidad que, por muy siniestra que pueda ser, sin embargo, en ese instante, es un placer comparada con los dolorosos sueños.

1

El telón del foro representa un bosque de gigantescas malvarrosas con flores de color blanco, rosa, púrpura, rojo, amarillo azufre, azul, violeta, sobre las que se dibuja el tejado dorado de un castillo en el que destaca el capullo de una flor con forma de corona. Al pie de los muros del castillo han extendido paja para cubrir el estiércol sacado de las caballerizas.

Los decorados laterales, que no cambian en toda la pieza, son estilizadas pinturas, a un tiempo espacio, arquitectura y paisaje.

LA HIJA y EL CRISTALERO entran en el escenario.

LA HIJA.—El castillo sigue creciendo de la tierra... ¿Ves lo mucho que ha crecido desde el año pasado?

EL CRISTALERO *para sus adentros*.—Yo no he visto nunca ese castillo... jamás he oído que un castillo crezca... pero *a la HIJA con firme convicción*- sí, habrá crecido un par de metros, pero es porque lo han abonado... y si te fijas bien verás que le ha crecido un ala en el lado del sol.

LA HIJA.—¿No debería florecer pronto? Ya hemos pasado San Juan...

EL CRISTALERO.—¿No ves las flores allá arriba?

LA HIJA.—¡Las veo, las veo! *-Aplaudes-*. — — — Dime, padre, ¿por qué crecen las flores mejor en el estiércol?

EL CRISTALERO *apaciblemente*.—¿Como no se encuentran a gusto en la sociedad, se apresuran a dejarla para salir a la luz, florecer y morir!

LA HIJA.—¿Sabes quién vive en el castillo?

EL CRISTALERO.—Lo he sabido, pero no me acuerdo.

LA HIJA.—Creo que allí hay un preso... y seguramente espera que vaya a liberarlo.

EL CRISTALERO.—Y ¿a qué precio?

LA HIJA.—No se regatea cuando debes hacer algo. ¡Vamos a entrar al castillo! — — —

EL CRISTALERO.—¡Entremos!

2

Van hacia el foro donde el telón se abre lentamente hacia los lados. La escena es ahora una sencilla y desnuda habitación con una mesa y varias sillas. En una de ellas está sentado un oficial que lleva un uniforme contemporáneo, aunque muy extraño. Se balancea en la silla golpeando a la vez la mesa con el sable.

LA HIJA *va hasta el OFICIAL y le quita suavemente el sable de la mano.*—¡No, así no! ¡Así no!

EL OFICIAL.—Por favor, Agnes querida, ¡no me quites el sable!

LA HIJA.—Sí, ¡vas a romper la mesa! *-Al padre-*. Vete al cuarto de los arreos y pon el cristal. ¡Luego nos veremos!

EL CRISTALERO *sale*.

LA HIJA.—Estás preso en tus habitaciones. ¡Yo he venido a liberarte!

EL OFICIAL.—He esperado este momento, pero no estaba seguro de que quisieras hacerlo.

LA HIJA.—El castillo es muy sólido, tiene siete muros, pero — ¡lo conseguiré! Tú quieres ser liberado ¿o no?

EL OFICIAL.—Pues francamente, no lo sé, porque en cualquier caso me reportará algún mal. Todo placer en la vida hay que pagarlo con el doble de dolor. Aquí donde estoy ahora lo paso mal, pero si compro la dulce libertad seguro que sufriré el doble. — Agnes, prefiero soportar esto, ¡siempre que pueda verte!

LA HIJA.—¿Qué ves en mí?

EL OFICIAL.—La belleza, que es la armonía en el universo — Hay líneas en tu figura que yo sólo encuentro en las órbitas del sistema solar, en el hermoso sonido de la música de cuerda, en las vibraciones de la luz — Tú eres una criatura del cielo...

LA HIJA.—¡También tú lo eres!

EL OFICIAL.—¿Por qué tengo entonces que cuidar caballos? ¿Atender la cuadra y sacar el estiércol?

LA HIJA. — ¡Para que sientas el deseo de dejarlo!

EL OFICIAL. — Eso es lo que siento, pero ¿es tan complicado salir de esto!

LA HIJA. — ¡Es un deber buscar la libertad en la luz!

EL OFICIAL. — ¿Deber? ¡Jamás ha reconocido la vida que tenía deber alguno para conmigo!

LA HIJA. — ¿Te sientes maltratado por la vida?

EL OFICIAL. — ¡Sí! Ha sido injusta conmigo...

3

Ahora se oyen voces detrás del biombo que es retirado poco después. EL OFICIAL y LA HIJA miran hacia allí, quedando como petrificados en gesto y expresión.

Junto a una mesa está sentada LA MADRE, de aspecto enfermizo. Ante ella hay una vela que despabila con ayuda de unas despabiladeras. Sobre la mesa hay unos montones de camisas nuevas a las que está poniendo una marca de tinta con una pluma de ganso.

A la izquierda un armario ropero marrón.

EL PADRE le trae un mantón de seda.

EL PADRE. — ¿No lo quieres?

LA MADRE. — Un mantón de seda, cariño, ¿de qué me sirve si me voy a morir dentro de cuatro días!

EL PADRE. — ¿No crees lo que dice el médico?

LA MADRE. — Creo lo que dice, pero sobre todo creo la voz que llevo aquí dentro.

EL PADRE *en tono triste*. — Entonces ¿es grave? — — — ¡Y tú piensas únicamente en tus hijos!

LA MADRE. — ¡Son mi vida! Mi justificación... mi alegría y mi pena...

EL PADRE. — Kristina, perdóname... ¡todo!

LA MADRE. — ¿Qué? Perdóname tú a mí, amor mío; nos hemos torturado mutuamente; ¿por qué? ¡No lo sabemos! ¡No podíamos hacer otra cosa! — — — Bueno, en todo caso, aquí tienes la ropa interior

nueva de los niños... Ocúpate de que se cambien dos veces por semana, miércoles y domingo, y que Lovisa los lave bien — — — por todo el cuerpo — — — ¡Vas a salir?

EL PADRE.—¡Tenemos reunión de directiva a las once!

LA MADRE.—Antes de marcharte dile a Alfred que venga.

EL PADRE *señalando al OFICIAL*.—¡Por Dios, si está aquí, querida!

LA MADRE.—Hasta empiezo a ver mal... sí, está oscureciendo... *-despabila la vela-*. ¡Alfred! ¡Acércate!

EL PADRE sale a través de la pared haciendo inclinaciones de cabeza.

EL OFICIAL va hasta LA MADRE.

LA MADRE *refiriéndose a Agnes*.—¡Quién es esa chica?

EL OFICIAL *en voz baja*.—¡Es Agnes!

LA MADRE.—Ah, ¿es Agnes? ¿Sabes lo que dicen? — — — Que es la hija del dios Indra venida a la tierra para enterarse de la verdadera situación de los hombres — — — Pero ¡tú no digas nada! — — —

EL OFICIAL.—¡Es una hija de Dios!

LA MADRE *ya en tono normal*.—Alfred querido, dentro de muy poco os dejaré a ti y a tus hermanos... ¡Permíteme que te diga unas palabras sobre la vida!

EL OFICIAL.—¡Dime, madre!

LA MADRE.—Sólo unas palabras: ¡no te pelees nunca con Dios!

EL OFICIAL.—¿Qué quieres decir, madre?

LA MADRE.—Que no debes considerarte maltratado por la vida.

EL OFICIAL.—Pero cuando se me trata injustamente...

LA MADRE.—¡Te refieres a aquella vez en que fuiste castigado injustamente por haber cogido una moneda que luego apareció?

EL OFICIAL.—A eso, sí, y esa injusticia me desvió del buen camino, le dio una dirección torcida a mi vida...

LA MADRE.—¡Ah, sí? Pues ahora vete hasta aquel armario...

EL OFICIAL *avergonzado*.—Entonces ¡lo sabes! Es...

LA MADRE.—El *Robinson Crusoe*... Que..

EL OFICIAL.—¡No digas más!...

LA MADRE.—¡El libro que tú rompiste y ocultaste... por lo que fue castigado tu hermano!

EL OFICIAL.—Y pensar que ese armario lleva veinte años con nosotros... Y eso que nos hemos mudado tantas veces, y mi madre murió hace diez años.

LA MADRE.—¿Y qué importa? ¡Pero tú tienes que andar preguntando todo y de esa manera estropeas lo bueno que te puede dar la vida! — ¡Mira, ahí viene Lina!

•

LINA *entrando*.—Muchísimas gracias, señora, pero no puedo ir al bautizo...

LA MADRE.—¿Por qué, hija mía?

LINA.—¡Porque no tengo nada que ponerme!

LA MADRE.—No te preocupes, ¡te prestaré mi mantón!

LINA.—Oh, no, señora, ¡eso es imposible!

LA MADRE.—¡No te entiendo! Yo ya no voy a asistir a ninguna fiesta...

EL OFICIAL.—¿Qué va a decir mi padre? Es un regalo suyo...

LA MADRE.—¡Qué mezquindad!

EL PADRE *asomando la cabeza*.—¿Vas a prestarle mi regalo a una criada?

LA MADRE.—No digas eso... recuerda que yo también fui sirvienta... ¿por qué tienes que herir a una inocente?

EL PADRE.—Y tú, ¿por qué tienes que ofenderme a mí, tu marido?

LA MADRE.—¡Uf, qué vida! Cuando tienes un bello gesto y actúas generosamente, siempre hay alguien que lo encuentra feo... si le haces un bien a alguien, le haces un mal a otro. ¡Uf, qué vida! *Despabila la vela y la apaga. El escenario queda a oscuras y colocan el biombo.*

LA HIJA.—¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena me dan!

EL OFICIAL.—¿Eso crees?

LA HIJA.—Sí, la vida es dura, pero ¡el amor todo lo puede! ¡Ven a ver! *Se dirigen al foro.*

Nuevo decorado: un muro divisorio viejo y sucio. En mitad del muro hay una verja que da a un callejón que desemboca en una plaza verde, donde se vislumbra un colosal acónito azul.

A la izquierda de la verja está sentada la portera, la cabeza y los hombros cubiertos con un chal; está tejiendo una colcha a ganchillo.

A la derecha hay un tablón para pegar carteles que el cartelero esta limpiando; a su lado hay un salabre con el mango verde.

Más allá, también a la derecha, hay una puerta con una hendidura de ventilación perforada en forma de trébol de cuatro hojas.

A la izquierda, un pequeño tilo, delgado, con el tronco negro como el carbón y alguna hoja de color verde claro. Al lado, el tragaluz de un sótano.

LA HIJA *va hasta* LA PORTERA.—¿Aún no ha terminado la colcha de ganchillo?

LA PORTERA.—No, amiga mía: ¡veintiséis años no es nada para una obra semejante!

LA HIJA.—¿Y el novio no volvió?

LA PORTERA.—No, pero no fue culpa suya. *Tuvo* que escaparse... el pobre: ¡hace ya treinta años!

LA HIJA *al* CARTELERO.—Ella bailaba en la Ópera, ¿verdad?

EL CARTELERO.—Era la número uno, *prima ballerina assoluta*... pero cuando él se largó fue como si le hubiese robado su danza... y ya no le dieron más papeles...

LA HIJA.—Todos se quejan, al menos con los ojos y de palabra...

EL CARTELERO.—No soy de los que más se quejan... ¡sobre todo no ahora, que he conseguido mi salabre y mi nasa verde!

LA HIJA.— ¿Y eso le hace feliz?

EL CARTELERO.—Sí, feliz, muy feliz... era el sueño de mi juventud... y ahora se ha hecho realidad, claro que ya he cumplido los cincuenta...

LA HIJA.—Cincuenta años para un salabre y una nasa...

EL CARTELERO.—Una nasa *verde*... una *verde*...

LA HIJA *a la* PORTERA.—¡Deme ahora el chal, quiero ocupar su sitio y oír a los hijos de los hombres! ¡Pero usted se quedará aquí detrás para apuntarme!

Se echa el chal sobre los hombros y se sienta junto a la verja.

LA PORTERA.—Hoy es el último día, luego se cierra la Ópera... es ahora cuando van a saber si los han contratado...

LA HIJA.—¡Y los que no son contratados?

LA PORTERA.—¡Esos, Dios mío! ¡Es duro de ver!... Yo me echo el chal sobre la cara...

LA HIJA.—¡Pobre gente!

LA PORTERA.—¡Ahí viene una! — — — ¡No está entre los elegidos! Mire cómo llora...

LA CANTANTE entra desde la derecha corriendo y cruza la verja con el pañuelo en los ojos. Se para un momento en el callejón apoyando la cabeza en la pared; luego sale deprisa.

LA HIJA.—¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena me dan!

LA PORTERA.—Pero, mire, ¡mire ahí y verá un hombre feliz!

EL OFICIAL viene por el callejón de levita y sombrero de copa con un ramo de rosas en la mano. Deslumbrante, alegre.

LA PORTERA.—¡Se va a casar con la señorita Victoria! — — —

EL OFICIAL *en el proscenio, mira hacia arriba y dice cantando.*— ¡Victoria!

LA PORTERA.—¡La señorita baja enseguida!

EL OFICIAL.—¡Muy bien! La calesa nos espera, la mesa está puesta, el champán en el hielo... Señoras, ¿puedo darles un abrazo? *Abraza a LA HIJA y a LA PORTERA. Canta.* ¡Victoria!

UNA VOZ FEMENINA DESDE ARRIBA *cantando.*—¡Estoy aquí!

EL OFICIAL.—¡Bueno! ¡Te espero! — — —

LA HIJA.—¡Me conoces?

EL OFICIAL.—No, yo sólo conozco a una mujer... ¡Victoria! Llevo siete años viniendo aquí a esperarla... al mediodía cuando el sol alcanza las chimeneas y por las tardes cuando cae la oscuridad sobre la ciudad... ¡Mire, mire bien el asfalto y verá las huellas del amante fiel! ¡Es mía! *-Canta-*. ¡Victoria! *-No obtiene respuesta-*. Bueno, ¡se está vistiendo! *-Al CARTELERO-*. ¡Ahí veo un salobre! Todos los de la

Ópera sueñan con un salabre...¡mejor dicho con los peces! Los mudos peces, porque no pueden cantar... ¿Cuánto vale un chisme así?

EL CARTELERO.— ¡Es bastante caro!

EL OFICIAL *cantando*.— ¡Victoria! — — — *-Sacude el tilo-*. ¡Vuelve a ver-dear! ¡Por octava vez! *-Canta-*. ¡Victoria! — — — ¡Ahora se estará peinando el flequillo! *-A LA HIJA-*. Oiga, señora, ¡déjeme subir a buscar a mi novia!

LA PORTERA.— ¡No puede pasar nadie al escenario! ¡Está prohibido!

EL OFICIAL.— ¡Llevo siete años viniendo aquí! ¡Siete veces trescientos sesenta y cinco días son dos mil quinientos cincuenta y cinco! *Se detiene y señala la puerta del trébol de cuatro hojas.* — — — Y esta puerta... ¡la he visto dos mil quinientas cincuenta y cinco veces sin poder enterarme de adónde lleva! Y este trébol, cuya función es dejar pasar la luz... ¿para quién la deja pasar? ¿Hay alguien ahí dentro? ¡Vive alguien ahí?

LA PORTERA.— ¡No lo sé! ¡Nunca la he visto abierta! — — —

EL OFICIAL.— Parece la puerta de una despensa que vi cuando tenía cuatro años y la criada me llevó con ella un domingo por la tarde que iba a ver a otras criadas. Fuimos a la casa donde trabajaban, pero yo nunca salí de la cocina y me pasé el día ¡sentado entre la cuba del agua y el gran salero! Así es que he visto mucha cocina en mi vida y las despensas tienen en la puerta varios agujeros de ventilación redondos y uno en forma de trébol — — — Pero en la Ópera no puede haber despensa porque, que yo sepa ¡no hay cocina! *-Canta-*. ¡Victoria!

EL OFICIAL.— Señora, ¿no hay ningún otro camino por el que pueda salir?

LA PORTERA.— ¡No hay ningún otro camino!

EL OFICIAL.— En ese caso, ¡me encontraré con ella!

GENTES DE TEATRO salen bajo la vigilante mirada del OFICIAL.

EL OFICIAL.— ¡Ya tiene que salir pronto! — — — Señora, ¡ese acónito azul de ahí fuera! Lo llevo viendo ahí desde que era niño... ¿Será el mismo? — — — Me acuerdo de un día, cuando tenía siete años, en el jardín de la casa de un cura... también había un acónito... y aque-

lla vez vi que se había metido una abeja en el cáliz... entonces pensé «¡Ya te tengo!». Y cerré el cáliz. Pero la abeja me picó a través de los pétalos y me eché a llorar... Entonces llegó la esposa del pastor y me puso barro en la picadura... Luego ¡me dieron fresas con leche para cenar! — — — ¡Parece que va oscureciendo! -Al CARTELERO-
¿Adónde va usted?

EL CARTELERO. — ¡Me voy a casa a cenar!

EL OFICIAL *llevándose la mano a los ojos.* — ¡A cenar? ¡A estas horas? — ¡Oiga! — — — A LA HIJA ¿Puedo entrar un momento? ¡Tengo que telefonar al «Castillo que crece»!

LA HIJA. — ¡No tienes nada que hacer allí!

EL OFICIAL. — Sí, tengo que decirle al cristalero que ponga cristales dobles porque pronto llegará el invierno y yo me hielo allí dentro.
Entra en la portería.

LA HIJA. — ¡Quién es la señorita Victoria?

LA PORTERA. — ¡Es su amada!

LA HIJA. — ¡Buena respuesta! ¡Lo que es para nosotros y los demás, a él no le importa! ¡Ella es sólo lo que es para él!

Oscurece rápidamente.

LA PORTERA *encendiendo el farol.* — ¡Hoy oscurece deprisa!

LA HIJA. — ¡Para los dioses un año es como un minuto!

LA PORTERA. — ¡Y para los hombres un minuto puede ser tan largo como un año!

EL OFICIAL *vuelve a entrar, aspecto ajado, las rosas se han marchitado.* — ¡No ha salido todavía?

LA PORTERA. — ¡No!

EL OFICIAL. — ¡Saldrá, seguro! — — — ¡Ella saldrá! -*Pasea yendo y viniendo.* Por otra parte es cierto, creo que será sensato anular la reserva de la comida... en fin ¡ya es de noche! — — — ¡Sí, sí, voy a hacerlo!

Va a telefonar.

LA PORTERA a LA HIJA. — ¡Me devuelve ya el chal?

LA HIJA. — No, amiga mía, estás libre: voy a hacer tu trabajo porque quiero conocer a los hombres y la vida, averiguar si es tan dura como dicen.

LA PORTERA. — Pero no puede dormirse en su puesto, no dormirse nunca, ni de noche ni de día...

LA HIJA. — ¡No dormir por la noche?

LA PORTERA. — Bueno, si usted puede hacerlo con la cuerda de la campanilla atada al brazo — — — porque hay vigilantes nocturnos que recorren el escenario y se relevan cada tres horas...

LA HIJA. — Es una tortura...

LA PORTERA. — Eso es lo que usted cree, pero nosotros estamos encantados con un puesto así. Si usted supiera lo que me envidian...

LA HIJA. — ¡Que la envidian? ¡Se envidia ahora a los torturados?

LA PORTERA. — ¡Pues, sí! — — — Mire, más duro que la vigilia y el cansancio, que las corrientes y el frío y la humedad es lo que he tenido que aguantar: oír las confidencias de todos los desgraciados de ahí arriba... Todos vienen a mí, ¿por qué? Porque tal vez lean en las arrugas de mi cara las runas que escribe el sufrimiento y que, probablemente, les invitan a hablar. ¡En ese chal, querida amiga, se esconden treinta años de penas propias y ajenas! — — —

LA HIJA. — También es pesado... y quema como las ortigas...

LA PORTERA. — Llévelo si así lo desea... cuando se le haga demasiado pesado, ¡llámeme, que vendré a relevarla!

LA HIJA. — ¡Adiós! ¡Lo que usted aguante, también lo puedo aguantar yo!

LA PORTERA. — ¡Ya veremos! — — — Pero sea buena con mis amigos y no se canse cuando le cuenten sus penas. —

Desaparece por el callejón.

Se hace el oscuro en el escenario. Cambia el decorado. Cuando vuelve la luz vemos que ya se le han caído las hojas al tilo, el acónito azul se ha marchitado y está negro; y lo que estaba verde en la perspectiva del callejón se ve del color marrón del otoño.

EL OFICIAL *sale cuando aclara. Ahora tiene el pelo gris y la barba gris La ropa deteriorada, el cuello duro sucio y desmadejado, al marchito ramo de rosas se le han caído los pétalos y sólo le quedan los tallos. Pasea.— A juzgar por todos los signos ha pasado ya el verano — y se acerca el otoño—. ¡Lo veo en el tilo y en el acónito! -Sigue dando vueltas en su paseo-. Pero el otoño es mi primavera ¡porque se vuelve a abrir el teatro! Y entonces ¡ella tiene que salir! Señora, ¿puedo sentarme en esta silla mientras espero?*

LA HIJA.—*¡Siéntese, amigo, yo puedo estar de pie!*

EL OFICIAL *se sienta.— ¡Si pudiese dormir un poco, me bastaría para sentirme mejor!...*

Se queda dormido un instante pero, de repente, se levanta de un salto y comienza a pasear; se para delante de la puerta del trébol y apunta hacia ella.

Esta puerta que no me deja tranquilo un minuto... ¿qué hay detrás de ella? ¡Algo tiene que haber!

Se oye una suave música de ballet que viene de lo alto.

¡Ya han empezado los ensayos! -La escena se ilumina discontinuamente, a golpes, como por un faro intermitente-. ¿Qué es esto? -Llevando el compás de la luz-. ¿Luz y sombra, luz y sombra?

LA HIJA *imitándolo.— ¡Día y noche; día y noche! — — ¡Una misericordiosa Providencia quiere acortar tu espera! ¡Por eso vuelan los días perseguidos por las noches!*

La luz se estabiliza en el escenario. Entra EL CARTELERO con el salabre y los útiles necesarios para pegar carteles.

EL OFICIAL.—*Hombre, aquí está el cartelero con su salabre. ¿Buena pesca?*

EL CARTELERO.—*¡Muy buena! Hemos tenido un verano caluroso y largo... y el salabre es bueno, ¡aunque no tanto como me había imaginado!*

EL OFICIAL *recalcando mucho lo que dice.— ¡No tanto como me había imaginado! — — — ¡Muy bien dicho! Nada es como uno se ha imaginado!... porque el pensamiento va más lejos que la acción —*

es superior al objeto... *Sigue su incesante caminar y sacude el ramo de rosas en la pared de manera que caen los últimos pétalos.*

EL CARTELERO.—¿Aún no ha bajado?

EL OFICIAL.—No, aún no, pero ¡pronto bajará! — — — ¿Sabe usted lo que hay detrás de esta puerta?

EL CARTELERO.—No, yo esa puerta no la he visto nunca abierta.

EL OFICIAL.—¡Voy a telefonar a un cerrajero para que venga a abrirla!
Va al teléfono.

EL CARTELERO pega un cartel y se dirige a la derecha.

LA HIJA.—¿Qué tiene de malo su salabre?

EL CARTELERO.—¿De malo? Nada, absolutamente nada... pero no es como me lo había imaginado y por eso la alegría no ha sido *tan* grande...

LA HIJA.—¿Y cómo se había imaginado el salabre?

EL CARTELERO.—¿Cómo? — — — No sé cómo explicárselo...

LA HIJA.—¿Déjeme que se lo diga! — — — ¡Se lo había imaginado *exactamente* como no era! ¡Quería que fuese verde, pero no de *ese* verde!

EL CARTELERO.—¡Usted sí que sabe, señora! Usted lo sabe todo — ¡por eso vienen todos a usted con sus cuitas! Si algún día quisiera escucharle a mí también...

LA HIJA.—Con mucho gusto... Venga aquí y desahogue su corazón...

Entra a su cuarto.

EL CARTELERO va a la ventana y le habla desde allí.

Se hace de nuevo el oscuro; luego vuelve paulatinamente la luz y ahora vuelve a verdecer el tilo y el acónito está en flor; el sol luce en la verde perspectiva del callejón de la verja.

Entra EL OFICIAL, ahora viejo y con el pelo blanco, ropa y zapatos gastados; lleva en la mano los restos del ramo de rosas. Da vueltas por el escenario caminando como un viejo. Lee el cartel.

Una BAILARINA entra por la derecha.

EL OFICIAL.—¿Se ha ido la señorita Victoria?

UNA BAILARINA.—No, no se ha ido.

EL OFICIAL.—Entonces ¡espero! — ¡Saldrá pronto?

UNA BAILARINA, *seria*.—¡Seguro!

EL OFICIAL.—No se vaya. Si se queda podrá ver lo que hay detrás de esa puerta. ¡He mandado venir a un cerrajero!

UNA BAILARINA.—Será realmente interesante ver abrir esa puerta. Esa puerta y el castillo que crece, ¿ha oído hablar del Castillo que crece?

EL OFICIAL.—¡Que si he oído! ¡He estado preso allí!

UNA BAILARINA.—Ah ¿era usted el preso? Pero ¿por qué había tantos caballos?

EL OFICIAL.—Porque era un castillo-caballeriza, obvio.

UNA BAILARINA, *contrariada*.—¡Qué estúpida soy! ¿Cómo no se me ocurriría pensarlo?

Entra por la derecha un MIEMBRO DEL CORO.

EL OFICIAL.—¿Se ha ido la señorita Victoria?

MIEMBRO DEL CORO, *serio*.—No, no se ha ido. ¡Ella no se va nunca!

EL OFICIAL.—Es porque me ama — — — No se vaya hasta que venga el cerrajero que va a abrir esta puerta.

MIEMBRO DEL CORO.—Oh, ¿van a abrir la puerta? ¡Qué bien! ¡Sólo voy a preguntarle una cosa a la portera!

EL APUNTADOR entra por la derecha.

EL OFICIAL.—¿Se ha ido la señorita Victoria?

EL APUNTADOR.—¡No, que yo sepa!

EL OFICIAL.—¿Ven? ¿No les decía que me está esperando? — No se vaya porque se va a abrir la puerta.

EL APUNTADOR.—¿Qué puerta?

EL OFICIAL.—¿Hay más de una puerta?

EL APUNTADOR.—Ah, ya caigo, ¡la del trébol de cuatro hojas! — — Entonces me quedo, claro. — ¡Sólo voy a hablar un momento con la portera!

LA BAILARINA, EL MIEMBRO DEL CORO y EL APUNTADOR *se unen al CARTELERO junto a la ventana de LA PORTERA; y hablan, por turno, con LA HIJA.*

EL CRISTALERO viene por el callejón y entra por la verja.

EL OFICIAL.—¿Es usted el cerrajero?

EL CRISTALERO.—No, el cerrajero tenía visita, y para esto da igual un cristalero.

EL OFICIAL.—Sí, claro, claro — — — evidente... pero traerá el diamante, ¿no?

EL CRISTALERO.— ¡Naturalmente! ¿Dónde ha visto usted un cristalero sin diamante?

EL OFICIAL.—No, nunca. En ningún sitio. — Y ahora ¡manos a la obra! *Da unas palmadas.*

Todos se reúnen formando un círculo en torno a la puerta.

Miembros del coro, vestidos como los Maestros cantores; y comparsas, como las bailarinas de Aida, entran por la derecha y se unen al grupo.

EL OFICIAL.—¡Cerrajero — o cristalero — cumpla con su deber!

EL CRISTALERO se adelanta con el diamante.

EL OFICIAL.—Un momento como este no ocurre muchas veces en la vida de un hombre, por tanto, amigos míos, os pido que... reflexionéis seriamente sobre...

EL POLICÍA.—¡En nombre de la ley prohíbo la apertura de esa puerta!

EL OFICIAL.—¡Oh, Dios mío, que follón se arma siempre que alguien quiere hacer algo nuevo y grande! — — — Pero esto no quedará así. ¡Iniciaremos un proceso! — — ¡Todos al abogado! ¡Vamos a ver si en este país las leyes sirven para algo! ¡Al abogado!

5

El escenario se transforma, a telón abierto, en un bufete de abogado, de esta manera: la verja se queda donde está, sirviendo como barandilla de separación de la sala de espera y la oficina. La habitación de la portera permanece en su lugar, abierta hacia delante, como despacho del ABOGADO. El tilo, deshojado, es un perchero para sombreros y abrigos. El tablón donde se fijaban los carteles está ahora cubierto

de ordenanzas y sentencias de juicios. La puerta del trébol es ahora la puerta de un armario-archivo.

EL ABOGADO, de frac y bufanda de seda blanca, está pues a la izquierda, en el interior de la verja, sentado ante una mesa llena de papeles. Sus rasgos denotan grandes sufrimientos: blanco como el yeso, surcado de arrugas y con ojeras violeta; es feo y su rostro refleja todo el tipo de delitos y vicios con los que se ve obligado a rozarse por su profesión.

De sus dos escribanos, uno es manco y el otro, tuerto.

La gente reunida para presenciar la «apertura de la puerta» permanece en su sitio, pero ahora como esperando que los reciba EL ABOGADO y dando la impresión de que han estado siempre allí.

LA HIJA (con el chal) y EL OFICIAL, en primer término.

EL ABOGADO va hasta LA HIJA.—Escúchame, hermana, ¿por qué no me das ese chal? — — — Lo voy a colgar aquí dentro hasta que encienda la estufa; entonces lo quemaré con todas las penas y miserias que lleva — — —

LA HIJA.—Aún no, hermano, antes quiero llenarlo bien y sobre todo deseo recoger todos tus dolores, todas las confianzas que te han hecho sobre delitos, vicios, encarcelamientos injustos, calumnias, insultos...

EL ABOGADO.—Mi querida amiga, entonces ¡no bastará tu chal! ¡Mira estas paredes!; ¡no es como si en su empapelado estuvieran grabados todos los pecados?; observa estos papeles donde redacto las historias de delitos; mírame a mí... Aquí no viene nunca nadie con la sonrisa en los labios, sino con maldad en la mirada, enseñando los dientes, los puños cerrados. Todos escupiendo sobre mí su maldad, su envidia, sus desconfianzas... Mira, tengo negras las manos y nunca me las podré lavar, mira lo sucias y agrietadas que están... no puedo llevar la misma ropa más que unos días, porque enseguida hiede a delitos ajenos... A veces trato de desinfectarla quemando azufre aquí dentro, pero no arregla nada: duermo ahí al lado y no sueño más que con crímenes — — — En la actualidad llevo un caso de asesinato en la audiencia — — — Todo eso, aunque es duro, puede pasar, pero ¿sabes qué es lo

peor de todo? — — — ¡Separar matrimonios! Es como si se alzase un grito en la tierra y llegase hasta el cielo... un grito de traición contra las fuerzas primigenias, contra las fuentes del bien, contra el amor... Y cuando estas resmas de papel están abarrotadas de quejas y acusaciones mutuas, aparece un buen día un hombre bueno y llama aparte a uno de los cónyuges y tirándole cariñosamente de la oreja le pregunta sencillamente: en realidad ¿qué tiene usted contra su marido —o su esposa—? Entonces él —o ella— se queda sin contestación ¡no saben cuál es la causa! Una vez — bueno, el motivo era una lechuga, otras una palabra: la mayoría de las veces ¡nada! Pero ¡el sufrimiento, la angustia! ¡Eso tengo que soportarlo yo! — — Mira qué cara tengo. ¿Crees que podría conquistar el amor de una mujer con este aspecto de delincuente? ¿Y crees que alguien puede querer ser mi amigo, si soy el encargado del cobro ejecutivo de todas las deudas de la ciudad? ¡Un puro lamento, eso es lo que es ser hombre!

LA HIJA. — ¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena dan!

EL ABOGADO. — ¡Así es! Y ¿de qué viven? ¡Eso sí que es un misterio para mí! Se casan con unos ingresos de dos mil, cuando necesitan cuatro mil — — — y piden préstamos, claro, y se empeñan, ¡todos se empeñan! y así van, a trancas y barrancas, hasta la muerte — — — entonces la herencia ¡no son más que deudas! Y finalmente ¿quién las paga?, sí, ¡dígamelo!

LA HIJA. — ¡El que da de comer a las aves del cielo!

EL ABOGADO. — ¡Sí! Pero si aquel que da de comer a las aves quisiese descender a su tierra para ver con sus propios ojos cómo viven los pobres hijos de los hombres, tal vez sintiese compasión...

LA HIJA. — ¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena dan!

EL ABOGADO. — Sí, ¡esa es la pura verdad! -Al OFICIAL- Y usted ¿qué quiere?

EL OFICIAL. — Yo sólo quería preguntar si se había ido la señorita Victoria...

EL ABOGADO. — No, no se ha ido. Puede estar completamente tranquilo — — — ¿Qué hace usted toqueteando mi armario?

EL OFICIAL. — Es que pensaba que la puerta es tan parecida...

EL ABOGADO. — ¡No, no, por favor!

Se oye el tañido de campanas.

EL OFICIAL.—¿Hay algún entierro en la ciudad?

EL ABOGADO.—No, anuncian la ceremonia de entrega de los títulos de doctor. ¡Y yo iré para ser promovido a doctor en Derecho! ¿No le apetecería a usted que lo promovieran a doctor y lo coronasen de laurel?

EL OFICIAL.—Bueno, ¿por qué no? Siempre será una pequeña distracción...

EL ABOGADO.—¿Quizá deberíamos partir inmediatamente y con paso majestuoso al solemne acto? ¡Anda, vete de prisa a cambiarte!

6

Sale EL OFICIAL. Vuelve a hacerse el oscuro en el escenario donde se producen las siguientes transformaciones — La barandilla sigue en su sitio pero haciendo ahora de balaustrada del coro en una iglesia; el tablón de anuncios se transforma en la pizarra donde se pone el número del salmo que se va a cantar; el tilo-perchero se ha convertido en un candelabro; el pupitre del abogado en la cátedra del Rector, encargado de la ceremonia.

La puerta del trébol da ahora a la sacristía.

Los miembros del coro de Los maestros cantores se transforman en Heraldos con cetro; y las Comparsas llevarán en la mano las coronas de laurel.

El resto de la Gente permanece como espectadores.

Se levanta el telón de fondo dejando ver otro que representa un enorme órgano con un gran espejo encima del teclado.

¡Se oye música! A ambos lados las cuatro facultades: Teología, Filosofía, Medicina y Derecho.

El escenario queda un instante vacío.

Los Heraldos entran por la derecha.

Y las Comparsas los siguen, llevando las coronas de laurel.

Tres Promovendi entran, uno detrás de otro, por la izquierda y son coronados por las Comparsas, tras lo cual éstas se retiran por la derecha.

EL ABOGADO se adelanta para recibir la corona.

Las Comparsas se dan la vuelta, negándose a coronarlo y salen.

EL ABOGADO, muy afectado, se apoya en una columna.

Salen todos.

EL ABOGADO solo en el escenario.

LA HIJA *entra cubriéndose cabeza y hombros con un velo blanco.*— Mira, ya he lavado el chal... Pero ¿qué haces aquí? ¿No te impusieron la corona?

EL ABOGADO.—No, no les parecí digno.

LA HIJA.—¿Por qué? Porque has abrazado la causa de los pobres, has defendido con tus palabras al delincuente, has aliviado la carga al culpable, has conseguido un aplazamiento para el condenado... ¿por eso? ¡Pobres hombres!... no son ángeles, pero ¡me dan pena!

EL ABOGADO.—¡No hables mal de los hombres, yo he asumido su defensa!

LA HIJA *apoyada en el órgano.*—¿Por qué golpean a sus amigos en la cara?

EL ABOGADO.—¡Porque no saben hacer otra cosa!

LA HIJA.—Pues ¡vamos a enseñarles! ¿Quieres? ¡Conmigo?

EL ABOGADO.—¡No son receptivos a enseñanzas! Oh, si nuestro lamento llegase a los dioses del cielo ...

LA HIJA.—¡Llegará al trono! — — — *Se coloca ante el órgano.* ¿Sabes lo que veo en este espejo? ¡El mundo del derecho!... Sí, como está del revés, en el espejo lo veo del derecho.

EL ABOGADO.—¿Y cómo llegó a ponerse del revés?

LA HIJA.—Al hacer la copia...

EL ABOGADO.—¡Tú lo has dicho! La copia, claro... siempre he tenido la intuición de que era una mala copia... y cuando empecé a acordarme de las imágenes originales, me desagradaba todo lo que me rodeaba... Entonces los hombres me llamaban cascarrabias, el eterno descontento y decían que el diablo me hacía ver todo feo... y otras lindezas...

LA HIJA.—¡Todo está fuera de quicio! ¡No tienes más que ver las cuatro facultades! — — — El Gobierno, que sólo piensa en conservar la sociedad tal como está, las subvenciona a las cuatro: la de Teología,

la ciencia de Dios, siempre atacada y ridiculizada por la de Filosofía ¡que se considera la sabiduría por excelencia! Y la de Medicina, que siempre desacredita a la Filosofía y que no cuenta a la Teología entre las ciencias sino que la llama superstición... Y allí están en el mismo claustro que debe enseñar a los alumnos respeto — ¡por la Universidad! ¡Es un manicomio! ¡Y ay del que primero se vuelva cuerdo!

EL ABOGADO.—Los primeros que se enteran son los teólogos. En el curso preparatorio estudian Filosofía, que les enseña que la Teología es un absurdo; después, en los cursos superiores de Teología, aprenden que la Filosofía es un absurdo. De locos, ¿no te parece?

LA HIJA.—Y luego está el Derecho, el servidor de todos, ¡menos de los siervos!

EL ABOGADO.—¡La justicia, que cuando quiere ser justa es causa de la muerte del que la defiende! — — ¡El Derecho, que tan a menudo actúa torcido!

LA HIJA.—¡Buena la habéis hecho, hijos del hombre! ¡Hijo! — ¡Ven, que te voy a poner una corona que te irá mucho mejor! *-Le coloca en la cabeza una corona de espinas-*. ¡Ahora voy a tocar algo para ti! *Se sienta al órgano e interpreta un Kyrie pero en lugar de sonidos de órgano se oyen voces humanas.*

VOCES DE NIÑOS.—¡Eterno! ¡Eterno! *La última nota sostenida.*

VOCES DE MUJERES.—¡Ten piedad de nosotros! *La última nota sostenida.*

VOCES DE HOMBRES, *tenores*.—¡Redímenos, por tu infinita misericordia!

VOCES DE HOMBRES, *bajos*.—¡Perdona a tus hijos, Señor, y no lances tu ira contra nosotros!

TODOS.—¡Ten piedad de tus hijos! ¡Escúchanos! Ten compasión de los mortales! Eterno, ¿por qué estás tan lejos? — — Desde las profundidades te suplicamos: ¡Clemencia, Eterno! ¡No acrescites la carga de tus hijos! ¡Escúchanos! ¡Escúchanos!

Se hace el oscuro en el escenario. LA HIJA se levanta y se acerca al ABOGADO. El órgano, por medio de un cambio de luces, se transforma en la gruta de Fingal. Las olas del mar penetran en la gruta por entre columnas de basalto, creando un conjunto sonoro de viento y oleaje.

EL ABOGADO. — ¿Dónde estamos, hermana?

LA HIJA. — ¿Qué oyes?

EL ABOGADO. — Oigo que caen gotas — — —

LA HIJA. — Son lágrimas: cuando los hombres lloran... ¿Qué más oyes?

EL ABOGADO. — Suspiros... quejidos... gemidos...

LA HIJA. — Hasta aquí han llegado las quejas de los mortales... no más lejos. Pero ¿por qué esta eterna queja? ¿Es que la vida no tiene nada que os alegre?

EL ABOGADO. — Sí, lo más dulce, que es lo más amargo, ¡el amor! ¡Esposa y hogar, lo más excelso y lo más bajo!

LA HIJA. — ¡Querría probarlo!

EL ABOGADO. — ¿Conmigo?

LA HIJA. — ¡Contigo! Tú conoces los escollos y arrecifes, ¡así podremos evitarlos!

EL ABOGADO. — ¡Soy pobre!

LA HIJA. — Y eso qué importa si nos amamos. ¡Un poco de belleza no cuesta nada!

EL ABOGADO. — Tengo antipatías que quizá sean tus simpatías...

LA HIJA. — ¡Habrás que transigir!

EL ABOGADO. — ¿Y si nos aburrimos?

LA HIJA. — ¡Entonces llegará el hijo que nos traerá entretenimientos sin fin!

EL ABOGADO. — Tú, ¿tú me quieres pobre y feo, despreciado, a mí, un paria?

LA HIJA. — ¡Sí! ¡Unamos nuestros destinos!

EL ABOGADO. — ¡Así sea!

TELÓN

8

Una habitación muy sencilla al lado del despacho del ABOGADO. A la derecha, junto a una ventana, una gran cama de matrimonio con dosel y cortinas.

A la izquierda, una estufa con una olla encima. KRISTIN ha colocado las ventanas interiores y está pegando sobre las rendijas papel engomado. Al fondo, una puerta abierta que da al despacho.

KRISTIN.— ¡Yo pego, yo pego!

LA HIJA *pálida y desmejorada, está sentada junto a la estufa.*— ¡No dejas entrar el aire! ¡Me ahogo!

KRISTIN.— ¡Ya sólo me queda una pequeña rendija!

LA HIJA.— ¡Aire, aire, no puedo respirar!

KRISTIN.— ¡Yo pego, yo pego!

EL ABOGADO *está en la puerta con un papel en la mano.*— Muy bien, Kristin. ¡El calor es caro!

LA HIJA.— ¡Oh! ¡Es como si lo que encolases fuese mi propia boca!

EL ABOGADO.— ¡Se ha dormido el niño?

LA HIJA.— Sí, ¡por fin!

EL ABOGADO *dulcemente.*— ¡Sus gritos ahuyentan a mis clientes!

LA HIJA *amablemente.*— ¡Qué podemos hacer?

EL ABOGADO.— ¡Nada!

LA HIJA.— ¡Podríamos cambiarnos a un piso más grande!

EL ABOGADO.— ¡No tenemos dinero!

LA HIJA.— ¡Puedo abrir la ventana? ¡Este aire enrarecido me ahoga!

EL ABOGADO.— ¡Entonces se va el calor y nos helamos!

LA HIJA.— ¡Es horrible! — — Entonces ¿podríamos salir a fregar ahí fuera?

EL ABOGADO.— Tú no tienes fuerzas para fregar, yo tampoco y Kristin tiene que seguir sellando las rendijas. ¡Que no quede una sola rendija sin tapar en toda la casa, ni en el suelo, ni en las paredes, ni en el techo!

LA HIJA.— ¡Estaba preparada para la pobreza, no para la suciedad!

EL ABOGADO.—¡La pobreza es siempre relativamente sucia!

LA HIJA.—¡Esto es peor de lo que me había imaginado!

EL ABOGADO.—¡Pues no somos los que peor estamos! ¡Aún tenemos comida en la olla!

LA HIJA.—¡Comida? A eso llamas tú comida — —

EL ABOGADO.—¡La col es barata, buena y nutritiva!

LA HIJA.— ¡Para quien le guste! ¡A mí me repugna!

EL ABOGADO.—¡Por qué no lo dijiste?

LA HIJA.—¡Porque te quería! ¡Por eso estaba dispuesta a sacrificar por ti mis gustos!

EL ABOGADO.—¡Entonces también yo tengo que sacrificar por ti mi gusto por la col! Los sacrificios deben ser recíprocos — —

LA HIJA.—Y ¡qué vamos a comer? ¡Pescado? Pero tú odias el pescado.

EL ABOGADO.—¡Y es caro!

LA HIJA.—¡Esto es más difícil de lo que creía!

EL ABOGADO *amablemente*.—¡Ves lo difícil que es? — — — Y el niño que iba a ser nuestro lazo de unión y bendición — — será nuestra perdición.

LA HIJA.—¡Amor mío! Me muero en este aire enrarecido, en este piso con vistas a un patio interior, con estos gritos de niño que no cesan en horas, sin poder dormir, con toda esa gente de ahí fuera que no cesa de lamentarse, pelarse y acusarse... ¡Yo aquí dentro me muero!

EL ABOGADO.—Mi querida florecita, sin luz, sin aire...

LA HIJA.—¡Y dices que hay gente que está peor!

EL ABOGADO.—¡Me encuentro entre los envidiados del barrio!

LA HIJA.—¡Podría aguantarlo si pudiese poner en casa algo bello!

EL ABOGADO.—Sé que te refieres a una flor, concretamente a un heliotropo, pero vale una corona y cincuenta céntimos, eso son seis litros de leche y veinte kilos de patatas.

LA HIJA.—No me importaría quedarme sin comer si de esa manera conseguiese mi flor.

EL ABOGADO.—Hay una clase de belleza que no cuesta nada y cuya ausencia en un hogar constituye el mayor tormento para una persona con sentido de la belleza.

LA HIJA. — ¿Y cuál es?

EL ABOGADO. — ¡Si lo digo, te enfadarás!

LA HIJA. — ¡Nos hemos puesto de acuerdo en no enfadarnos!

EL ABOGADO. — Nos hemos puesto de acuerdo... Todo se puede aguantar, Agnes, excepto ese tono tajante, duro... ¿lo conoces? — ¡No, aún no!

LA HIJA. — ¡Nunca se oirá en esta casa!

EL ABOGADO. — ¡Nunca, por lo que a mí respecta!

LA HIJA. — ¡Habla, pues!

EL ABOGADO. — Bueno, cuando entro en una casa lo primero que observo es la colocación de la cortina en su barra... *-Va hacia la ventana y arregla la cortina-* ... Si cuelga como una cuerda o un trapo, ¡me voy pronto de allí! — — — Después echo una mirada a las sillas... si están bien colocadas ¡me quedo! *-Corrige la colocación de una silla contra la pared-*. Luego miro las velas de los candelabros... Si están inclinadas, ¡esa casa se va a pique! *-Endereza una de las velas del escritorio-*. ¡Esta, mi querida amiga, es una belleza que no cuesta nada!

LA HIJA *baja la cabeza hundiéndola en el pecho*. — No, ese tono duro, no, Axel!

EL ABOGADO. — ¡No era duro!

LA HIJA. — Sí, lo era.

EL ABOGADO. — Pero, vamos a ver, coño...

LA HIJA. — ¡Qué lenguaje es ese?

EL ABOGADO. — ¡Perdona, Agnes! ¡Pero yo he sufrido por tu falta de orden tanto como tú por la suciedad! Y no me he atrevido a ocuparme de la limpieza y hacer orden porque te habrías ofendido y hasta habrías pensado que te echaba en cara tu desidia... ¡uf! Vamos a dejarlo ¿eh?

LA HIJA. — Es terriblemente difícil estar casados... ¡lo más difícil de todo! ¡Tendríamos que ser ángeles, creo!

EL ABOGADO. — ¡También yo lo creo!

LA HIJA. — ¡Me parece que después de esto estoy empezando a odiarte!

EL ABOGADO. — Pues entonces ¡pobres de nosotros! — — — Pero ¡evitemos el odio! Te prometo que nunca más criticaré tu limpieza... ¡aunque sea una tortura para mí!

LA HIJA. — ¡Y yo comeré col aunque sea un sufrimiento!

EL ABOGADO. — ¡Es decir, una vida común en el dolor! ¡El placer de uno, es la tortura del otro!

LA HIJA. — ¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena dan!

EL ABOGADO. — ¡Ya lo has entendido?

LA HIJA. — ¡Sí! Pero, por el amor de Dios, ¡evitemos los escollos ahora que tan bien los conocemos!

EL ABOGADO. — De acuerdo, vamos a hacerlo. ¡Somos personas razonables e ilustradas! ¡Podemos ser tolerantes e indulgentes!

LA HIJA. — ¡Podemos reírnos de las pequeñeces!

EL ABOGADO. — ¡Nosotros, sólo nosotros podemos hacerlo! — — Sabes, esta mañana leí en el periódico... por cierto ¿dónde está el periódico?

LA HIJA *desconcertada*. — ¡Qué periódico?

EL ABOGADO *con dureza*. — ¡Compró yo acaso más de un periódico?

LA HIJA. — Ahora riéte y no me hables con esa dureza... He usado tu periódico para hacer fuego...

EL ABOGADO *violento*. — ¡Por todos los demonios!

LA HIJA. — ¡Riéte! — — Lo quemé porque se burlaba de lo que es sagrado para mí...

EL ABOGADO. — ¡Y para mí, superstición! ¡Bien! — — *Da unas palmadas, fuera de sí*. Me reiré, me reiré a carcajadas hasta que se me vean las muelas del juicio... seré humano y ocultaré lo que pienso y diré a todo que sí, y seré un hipócrita. *¿Así es que has quemado mi periódico? Pues, ¡muy bien! -Coloca las cortinas-*. Ahora me voy a poner a hacer limpieza para fastidiarte — — — Agnes, esto no funciona, ¡es completamente imposible!

LA HIJA. — ¡Claro que lo es!

EL ABOGADO. — Y sin embargo tenemos que aguantar juntos, no por las promesas sino ¡por el niño!

LA HIJA. — ¡Es verdad! ¡Por el niño! ¡Oh! — ¡Oh! — — — tenemos que aguantar!

EL ABOGADO. — Y ahora ¡tengo que salir a ver a mis clientes! Escúchalos, escucha ese murmullo de impaciencia, ya no pueden esperar más

para despedazarse mutuamente, para lograr que multen a sus enemigos y los metan en la cárcel... espíritus perversos...

LA HIJA.—¡Pobres, pobres gentes! ¡Y ésta con su eterno pegoteo! *Inclina la cabeza hacia el pecho en muda desesperación.*

KRISTIN.—¡Yo pego, yo pego!

EL ABOGADO está en la puerta manipulando la cerradura, nervioso.

LA HIJA.—¡Oh, cómo chirría la cerradura! Es como si me apretases los muelles del corazón.

EL ABOGADO.—Yo aprieto, yo aprieto...

LA HIJA.—¡No lo hagas!

EL ABOGADO.—Yo aprieto...

LA HIJA.—¡No!

EL ABOGADO.—Yo...

EL OFICIAL *desde el interior del despacho agarra también la cerradura.*— ¡Permítame!

EL ABOGADO *suelta el pestillo de la cerradura.*— ¡Pase, pase! Como usted ha sido nombrado doctor...

EL OFICIAL.— ¡Ahora la vida es mía! Tengo todos los caminos abiertos ante mí, he entrado en el parnaso, he conseguido los laureles, la inmortalidad, el honor, ¡todo es mío!

EL ABOGADO.— ¡Y de qué va a vivir?

EL OFICIAL.— ¡De qué voy a vivir?

EL ABOGADO.— Tendrá que tener vivienda, ropa, comida ¿no?

EL OFICIAL.— Eso siempre se consigue, con tal de que haya alguien que te quiera...

EL ABOGADO.— ¡Eso cree? — — ¡Es posible! — — — ¡Pega, Kristin, hasta que no puedan respirar! *Sale andando de espaldas haciendo reverencias.*

KRISTIN.— ¡Yo pego, yo pego, hasta que no puedan respirar!

EL OFICIAL.— ¡Vienes conmigo?

LA HIJA.— ¡Ahora mismo! Pero ¡adónde?

EL OFICIAL.— ¡A Bahía Bella! ¡Allí es verano, brilla el sol, hay juventud, niños y flores, canciones y baile, fiesta y alegría!

LA HIJA.— ¡Pues allí quiero ir!

EL OFICIAL.— ¡Ven!

EL ABOGADO *vuelve a entrar.*—Ahora — vuelvo a mi primer infierno — — — este era el segundo — — ¡y el más grande! El más delicioso es también el más grande — — — Vaya, ya ha vuelto a dejar horquillas por el suelo... *Las recoge.*

EL OFICIAL.—¡Y ahora también ha descubierto las horquillas...!

EL ABOGADO.—¿También? — — — ¡Mira ésta! ¡Son dos puntas pero una horquilla! ¡Dos y sin embargo una! ¡Si la endereo es una sola pieza! ¡Si la doblo son dos sin dejar de ser una! ¡Eso significa: las dos son una! Pero si la rompo, así, entonces ¡las dos son dos! *Tira los trozos de la horquilla rota.*

EL OFICIAL.—Todo esto ha visto... Pero antes de poder romperla las puntas ¡deben divergir! ¡Si convergen, aguantan!

EL ABOGADO.—Y si son paralelas — no se encuentran nunca — Ni aguanta ni se rompe.

EL OFICIAL.—¡La horquilla es la más perfecta de las cosas creadas! ¡Una línea recta que es igual a dos paralelas!

EL ABOGADO.—¡Una cerradura que cierra cuando está abierta!

EL OFICIAL.—Abierta, cierra una trenza que sigue estando abierta cuando se cierra...

EL ABOGADO.—Como esta puerta: al cerrarla, la abro para ti, Agnes. ¡Te dejo camino libre!

Se retira, cerrando la puerta.

LA HIJA.—¿Y ahora?

9

Cambio de escenario: la cama con dosel se transforma en una tienda de campaña, la estufa permanece en su sitio; en el nuevo telón de fondo se ven, a la derecha, en primer plano, montes calcinados cubiertos de brezo rojo y tocones blancos y negros como después de un incendio; cobertizos y pocilgas pintados de rojo. Al pie: una instalación de gimnasia al aire libre, donde hay hombres haciendo ejercicios de re-

habilitación en aparatos que más parecen instrumentos de tortura.

A la izquierda, en primer término, una parte del edificio de la cuarentena con sus hornos, estufas y tuberías.

En el término medio hay un estrecho.

Al fondo hay un embarcadero. En el telón del fondo, una hermosa ribera arbolada con embarcaderos adornados con banderas, donde hay atracados yates blancos, algunos con las velas izadas. Se ven pequeños chalés, quioscos, estatuas de mármol entre los árboles de la playa.

EL JEFE DE LA CUARENTENA pasea por la playa disfrazado de negro.

EL OFICIAL se dirige a él.—Perdone, ¿no es usted el señor Ordström? -Signo de asentimiento y entonces lo saluda dándole la mano-. ¡Tú por aquí! ¡Qué sorpresa! ¡Cómo has venido a parar a este lugar?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Ya ves, aquí me tienes!

EL OFICIAL.—¿Es esto Bahía Bella?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—No, es lo de allí enfrente; ¡esto es Estrecho de la Vergüenza!

EL OFICIAL.—¿Entonces nos hemos equivocado?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¿Nos? ¡Y no me vas a presentar?

EL OFICIAL.—¡No, no sería propio! -En voz baja- ¡Es la mismísima hija de Indra!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¿De Indra? ¡Yo creía que era Waruna en persona! ¡No te ha sorprendido verme con la cara negra?

EL OFICIAL.—¡Hijo mío, he cumplido los cincuenta y a estas alturas no me sorprende nada! — ¡Supongo que vas a ir al baile de disfraces de esta tarde!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Pues, sí! ¡Y espero que vengáis conmigo!

EL OFICIAL.—Seguro: porque aquí... por lo que he visto... de diversiones... ¡Qué clase de gente vive aquí!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Aquí viven los enfermos; allí, los sanos!

EL OFICIAL.—Entonces aquí ¡sólo habrá pobres?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—No, hijo mío, ¡aquí están los ricos! Por ejemplo, mira a ese que está en el banco de tortura. Ha comido tanto

hígado de pato trufado y ha bebido tanto borgoña que se le han deformado los pies!

EL OFICIAL.—¿Deformado los pies?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Monstruosamente, por la gota! Y ese otro que está en esa especie de guillotina ha bebido tanto coñac que hay que enderezarle el espinazo!

EL OFICIAL.—¡Nunca está bien! Ni tanto ni tan calvo.

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Además por aquí andan todos los que tienen alguna miseria que ocultar! ¡Mira ese que viene por allí, por ejemplo!

Un viejo petimetre entra en silla de ruedas, empujado por una coqueta de unos sesenta años, delgada, vestida a la última moda y a la que acompaña y corteja «el amigo», un hombre de unos cuarenta años.

EL OFICIAL.—¡Es el comandante! ¿Nuestro compañero de escuela?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Don Juan! Ahí ves, aún sigue enamorado de la Momia que lleva a su lado. ¡No ve que ha envejecido, que es fea, infiel, cruel!

EL OFICIAL.—¡Eso sí que es amor! ¡Nunca hubiese imaginado que nuestro voluble compañero fuera capaz de un amor tan profundo y serio!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Un bello punto de vista, pensándolo bien!

EL OFICIAL.—Yo también he amado... a Victoria — — — sí, aún recuerdo el callejón esperándola — — —

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¿Eres tú el que anda por el callejón?

EL OFICIAL.—¡Yo soy!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Oye, ¿habéis logrado abrir la puerta?

EL OFICIAL.—No, todavía andamos en pleitos — — — El cartelero anda pescando con su salabre, claro, y se retrasan los testimonios... Mientras tanto el cristalero ha puesto cristales en el Castillo que, por cierto, ha crecido medio piso... Un año excepcional... ¡Cálido y húmedo!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Pero ¡no habréis tenido tanto calor como yo!

EL OFICIAL.—¿A qué temperatura estáis en los hornos?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Cuando desinfectamos a los sospechosos de cólera, a unos sesenta grados.

EL OFICIAL. — ¡Hay otra vez epidemia de cólera?

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — ¡No lo sabías? — — —

EL OFICIAL. — ¡Claro que lo sabía, pero ahora se me suele olvidar lo que sé!

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — A mí me gustaría olvidar, sobre todo a mí mismo. ¡Por eso busco los bailes de disfraces, el carnaval, el teatro de aficionados!

EL OFICIAL. — ¡Qué te ha pasado?

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — ¡Si hablo dicen que presumo y si callo me llaman hipócrita!

EL OFICIAL. — ¡Por eso te pintas la cara de negro?

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — ¡Sí! ¡Sólo un poco más negro de lo que soy!

EL OFICIAL. — ¡Quién viene por ahí?

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — ¡Un poeta! ¡Viene a darse su baño de barro!

Entra EL POETA mirando al cielo y con un pozal lleno de barro en la mano.

EL OFICIAL. — ¡Dios mío! ¡A un poeta tal vez le vendrían mejor baños de luz y de aire!

EL JEFE DE LA CUARENTENA. — No creas. Éste anda siempre por las alturas celestiales, así es que sólo tiene ganas de revolcarse en el barro... eso de revolcarse en el barro le endurece la piel hasta dejársela como la de un cerdo. ¡Así no siente los picotazos de los tábanos!

EL OFICIAL. — ¡Qué extraño mundo de contradicciones!

EL POETA, *extático*. — El dios Pyah creó al hombre de barro en el torno del alfarero *-escéptico-* ¡o sobre cualquier otra cosa! — — — *-extático-* De barro crea el escultor su más o menos inmortal obra maestra *-escéptico-* ¡que suele ser una birra! *-extático-* De barro se fabrican esas vasijas tan indispensables para la cocina, a las que se les da los nombres de cántaros, platos *-escéptico-* ¡y a mí qué me importa cómo se llaman! *-extático-* ¡Esto es barro! Cuando el barro es fluido se llama cieno — ¡Y yo de esto entiendo! *-Llama-*. ¡Lina!

Entra LINA con un cubo.

EL POETA.—Lina, ven para que te vea la señorita Agnes. Te conoció hace diez años cuando eras joven, alegre y, en dos palabras, una chica guapa... -A LA HIJA-. ¡Mire la pinta que tiene ahora! Cinco hijos, los quehaceres diarios, los llantos, el hambre, las palizas. ¡Contemple bien cómo se ha marchitado la belleza, cómo ha desaparecido la alegría! Aniquiladas ambas por el cumplimiento de los deberes, ese cumplimiento que debería, dicen, haber proporcionado una satisfacción interior que se expresaría en las armónicas líneas del rostro y el fuego sereno de la mirada...

EL JEFE DE LA CUARENTENA *tapándole la boca con la mano*.— ¡Calla! ¡Cierra el pico!

EL POETA.— ¡Eso dicen todos! ¡Y si te callas te dicen: Habla! ¡Qué gente tan incomprensible!

LA HIJA *va hasta LINA*.— ¡Cuéntame tus quejas!

LINA.— No me atrevo, porque me costará caro.

LA HIJA.— ¡Quién es tan cruel!

LINA.— ¡No me atrevo a decirlo porque entonces me pegará!

EL POETA.— ¡Puede ser! Pero hablaré yo, ¡aunque el Negro me rompa los dientes! — — — ¡Te voy a decir a ti, Agnes, hija de un dios, que, a veces, las cosas son injustas! — — ¡Oyes la música y la alegría del baile allá arriba? — ¡Sí? — — — Pues es para celebrar que la hermana de Lina ha vuelto de la ciudad donde anduvo un poco perdida, ya me entiendes... Ahora se sacrifica la ternera mejor cebada, pero Lina que se quedó en casa ¡tiene que ir con el cubo a dar de comer a los cerdos! — —

LA HIJA.— ¡Hay alegría en esa casa porque el descarriado vuelve a la senda del bien y no porque vuelva al hogar! ¡No es lo mismo!

EL POETA.— Muy bien, pues entonces que organicen una cena con baile todas las noches en honor a esta intachable trabajadora que nunca ha andado por el mal camino, ¡que lo hagan! — — Pero no lo hacen, sino que cuando Lina está libre la mandan a la iglesia ¡donde se le reprocha que no es perfecta! ¡Es esto justicia?

LA HIJA.— Sus preguntas son tan difíciles de contestar... quizá no estén bien formuladas. Hay tantos casos tan diferentes, imprevistos...

EL POETA.—¡Eso mismo pensaba también el califa Harum al Rashid! —
Él estaba tan tranquilo en su elevado trono sin ver desde arriba cómo vivían sus súbditos, allá abajo. Hasta que un día las quejas llegaron a sus excelsos oídos. Y un buen día descendió de las alturas, se disfrazó y se mezcló anónimamente con su pueblo para ver cómo andaba la justicia.

LA HIJA.—¿No creerá usted que soy Harum el Justo?

OFICIAL.—¡Cambiamos de tema! — — ¡Ahí viene gente de fuera!

Una embarcación blanca, con forma de barco vikingo, con una vela de seda de color azul celeste, un mástil dorado con un gallardete rojo, entra deslizándose en el estrecho por la izquierda.

Al timón, abrazados por la cintura, ÉL y ELLA.

EL OFICIAL.—¡Mire, ahí tiene la perfecta felicidad, la dicha ilimitada, el júbilo puro del amor juvenil!

Se ilumina el escenario con mayor intensidad.

Él se pone de pie en la barca y canta.—

Te saludo, bella bahía,
aquí conocí mi juventud la primavera,
aquí soñé mis primeros sueños color de rosa,
aquí me tienes de nuevo
pero ¡no sólo como entonces!
Bosques y playas,
cielo y mar;
¡saludadla!
¡Saludad a mi amor, mi esposa!
¡Sol mío, vida mía!

Las banderas y gallardetes del embarcadero de Bahía Bella la saludan, en las ventanas de los chalés se agitan pañuelos blancos y un acorde de arpas y violines resuena en el estrecho.

EL POETA.—¡Mire cómo resplandecen de felicidad! ¡Escuche esa música que resuena en el mar! — ¡Eros!

EL OFICIAL.—¡Es Victoria!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Y eso ¿qué?

EL OFICIAL.—Es *su* Victoria, ¡yo tengo *la mía* para mí! ¡Y a *la mía* no la puede ver nadie! — — — ¡Iza ya la bandera de la cuarentena y te los traeré a la playa!

EL JEFE DE LA CUARENTENA hace señales con una bandera amarilla.

EL OFICIAL *tira de un cable, de forma que la barca se acerca a la playa.*—
¡Agárrense bien!

ÉL y ELLA se dan cuenta del horroroso paisaje al que han llegado y muestran su miedo.

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Sí, ya sé que es duro. Pero todos tienen que pasar por aquí, ¡todos los que vienen de zonas infectadas!

EL POETA.—¡Es increíble cómo puede hablar así, cómo puede hacer esas cosas, cuando ve a dos personas unidas por el amor! ¡No los toque! ¡No roce siquiera al Amor: es un crimen de lesa majestad! — — — ¡Pobres de nosotros! ¡Todo lo bello caerá y será arrastrado por el barro!

ÉL y ELLA desembarcan tristes y avergonzados.

ÉL.—¡Pobres de nosotros! ¡Qué hemos hecho?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡No se necesita haber hecho nada para sufrir las pequeñas contrariedades de la vida!

ELLA.—¡Qué breves son la alegría y la felicidad!

ÉL.—¡Cuánto tendremos que quedarnos aquí?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—Cuarenta días y cuarenta noches.

ELLA.—¡Entonces preferimos el mar!

ÉL.—¡Vivir aquí entre montañas quemadas y pocilgas?

EL POETA.—El amor todo lo puede. ¡Puede hasta con el humo del azufre y el fenol!

EL JEFE DE LA CUARENTENA *enciende la estufa de la que se elevan llamas azules.*— ¡Ahora enciendo el azufre! ¡Por favor, pasen!

ELLA.—¡Oh, mi vestido azul perderá su color!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.—¡Y se pondrá blanco! ¡También tus rosas rojas se pondrán blancas!

ÉL.—¡También tus mejillas! En cuarenta días...

ELLA *al oficial.*— ¡Y esto a ti te alegrará, claro!

EL OFICIAL. — ¡No, ni mucho menos! — — — Obviamente tu felicidad ha sido la causa de mis males, pero — — — no importa — me han concedido el título de doctor y tengo un buen puesto de preceptor al otro lado del estrecho... pues, ¡sí, sí! y en el otoño me darán un puesto en una escuela... para enseñar a unos niños las mismas lecciones que estudié en mi infancia, en mi niñez, en mi juventud, durante toda la edad adulta y finalmente toda mi vejez, siempre lo mismo ¿cuántas son dos por dos? ¿Cuántas son exactamente cuatro dividido por dos?... Hasta que me llegue la jubilación y reciba mi pensión, y me pase el tiempo sin hacer nada, esperando las comidas y los periódicos — hasta que me lleven al crematorio y me quemen... ¿No hay ningún jubilado por aquí? Lo peor que hay después de ese maldito dos por dos es volver a la escuela cuando uno no sólo ha sido aprobado, sino promovido doctor, hacer las mismas preguntas hasta la muerte...

Pasa un anciano con las manos a la espalda.

Mire, ahí tiene un jubilado esperando a que la vida lo abandone; seguro que es un capitán que no llegó a comandante o un juez que no ascendió a magistrado — — muchos son los llamados y pocos los elegidos... Ahí está paseando en espera del desayuno...

EL JUBILADO. — ¡No, del periódico! ¡Del periódico de la mañana!

EL OFICIAL. — Y sólo tiene cincuenta y cuatro años, puede pasar veinticinco años esperando el periódico y las comidas... ¿No es atroz?

EL JUBILADO. — ¿Hay algo que no sea atroz? Pues dígamelo, diga, diga, ¡diga!

EL OFICIAL. — ¡Que se lo diga el que lo sepa! Ahora tengo que enseñar a niños: ¡dos por dos son cuatro! ¿Cuántas son exactamente cuatro dividido por dos?

Se lleva las manos a la cabeza desesperado.

Y Victoria a la que amaba tanto y a la que, por eso mismo, le deseaba toda la felicidad aquí en la tierra... Ahora que es feliz, mucho más de lo que ella podía imaginar, yo sufro... ¡sufro, sufro!

ELLA. — ¡Tú crees que yo puedo ser feliz viéndote sufrir? ¿Cómo puedes pensarlo? ¿Quizá alivie tu dolor saber que tengo que estar aquí presa cuarenta días y cuarenta noches? Dime, ¡alivia eso tu dolor!

EL OFICIAL.—¡Sí y no! ¡Yo no puedo disfrutar cuando tú sufres! ¡Oh!

ÉL.—¿Y crees que puedo construir mi felicidad sobre tu sufrimiento?

EL OFICIAL.—¡Qué pena damos... todos!

TODOS *levantan las manos hacia el cielo lanzando un doloroso grito parecido a un acorde disonante.*— ¡Piedad!

LA HIJA.—¡Eterno, escúchalos! ¡Ten piedad! ¡La vida es dura! ¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena dan!

TODOS *como antes.*— ¡Piedad!

10

Se hace la oscuridad en el escenario un instante durante el que todos los que estaban allí se retiran o cambian de lugar. Cuando el escenario se vuelve a iluminar se ve, al fondo, la playa del Estrecho de la Vergüenza, pero a la sombra. El estrecho ocupa la parte media del escenario y Bahía Bella está en primer término, ambas fuertemente iluminadas.

A la derecha se ve una esquina del casino con las ventanas abiertas: dentro se ven parejas que bailan. Sobre un cajón vacío hay tres criadas, sosteniéndose por la cintura, mirando el baile. En la escalinata del edificio hay un banco donde está sentada la Edith «la fea», triste, sin sombrero, revuelta la abundante cabellera. Delante de ella, un piano abierto. A la izquierda, una casa de madera amarilla.

Dos niños vestidos con ropa de verano juegan fuera a la pelota.

En segundo término un embarcadero con veleros blancos, mástiles con banderas.— En el estrecho, anclado, un barco de guerra con portas para cañones.

Pero es un paisaje invernal, el suelo y los árboles sin hojas están cubiertos de nieve.

Entran LA HIJA y EL OFICIAL.

LA HIJA. — ¡Aquí reinan la paz y la felicidad de las vacaciones! Nadie trabaja, hay fiestas todos los días, la gente va endomingada; hay música y baile ya por la mañana. *A las criadas* ¿Por qué no entráis a bailar vosotras?

LA CRIADA. — ¡Nosotras?

EL OFICIAL. — ¡Si son criadas!

LA HIJA. — ¡Es verdad! Pero ¿qué hace Edith ahí sentada en vez de ir a bailar?

EDITH se tapa la cara con las manos.

EL OFICIAL. — ¡No le preguntes nada! Lleva ahí tres horas esperando y nadie la ha sacado a bailar — — *Entra en la casa amarilla de la izquierda.*

LA HIJA. — ¡Qué diversión tan cruel!

LA MADRE DE EDITH entra, va muy escotada. — ¡Por qué no entras y haces lo que te he dicho?

EDITH. — Porque... porque ¡no querrás que me saque yo a bailar! Soy fea, lo sé; y por eso nadie quiere bailar conmigo, pero ¿por qué tienes que estar recordándomelo siempre? ¡Podrías ahorrártelo!

Se pone a tocar al piano la Tocata y fuga número 10 de Johann Sebastian Bach.

Desde dentro de la sala llega el suave sonido de un vals cuyo volumen va incrementándose como si luchase con la Tocata de Bach. Sin embargo EDITH consigue acallarlo. En la puerta se ven parejas de veraneantes, que han salido de la sala de baile, escuchando su interpretación; todos en el escenario están escuchando respetuosamente.

UN OFICIAL DE MARINA coge por la cintura a Alice, una de las chicas que hay en el baile, y se la lleva hacia el embarcadero. — ¡Vamos! ¡Deprisa!

EDITH interrumpe su interpretación al piano, se pone de pie y los mira desesperada. Se queda de pie como petrificada.

Retiran la pared de la casa Amarilla y al hacerlo se ven tres pupitres en los que hay sentados unos niños y entre ellos está EL OFICIAL que parece intranquilo y preocupado. EL MAESTRO, que lleva gafas y, en la mano, tiza y un puntero, está delante de ellos.

EL MAESTRO *al* OFICIAL.—A ver, tú chico, ¿puedes decirme cuántas son dos por dos?

EL OFICIAL permanece sentado en su pupitre como buscando una respuesta que no encuentra.

EL MAESTRO.—Ponte de pie cuando te pregunte.

EL OFICIAL, *atormetado, se levanta.*— Dos —veces dos — — Vamos a ver... ¡son dos dos!

EL MAESTRO.—¡Ah, sí? ¡Tú no has estudiado la lección!

EL OFICIAL *avergonzado.*—La he estudiado y me la sé... pero ¡no sé cómo decirla!

EL MAESTRO.—¡Excusas! Así es que te la sabes pero no puedes decirla. ¡Tal vez pueda ayudarte yo! *Le tira del pelo.*

EL OFICIAL.—¡Es terrible, terrible!

EL MAESTRO.—Sí, lo terrible es que un chico tan mayor no tenga la menor ambición...

EL OFICIAL.—Un chico *mayor*, sí, yo soy un chico mayor, mucho mayor que éstos: soy un adulto, he terminado la escuela hace muchos años... *-como despertando-* me han hecho doctor... ¡Por qué estoy aquí? ¡Acaso no soy doctor?

EL MAESTRO.—Sí, claro, claro, pero tienes que estar aquí para ver si maduras, ¿sabes? ¡Tienes que madurar! ¡No es cierto?

EL OFICIAL *llevándose las manos a la frente.*—Sí, es cierto, tengo que madurar... Dos veces dos... son dos, y se lo voy a demostrar con la prueba de la analogía que es la prueba más irrefutable de todas las pruebas! ¡Escuche! Una vez uno es uno, luego dos veces dos son dos dos! ¡Porque lo que se aplica a una debe aplicarse a la otra!

EL MAESTRO.—La demostración es totalmente correcta según las leyes de la lógica, sin embargo la respuesta es incorrecta.

EL OFICIAL.—¡Lo que es conforme a las leyes de la lógica no puede ser incorrecto! ¡Déjeme demostrárselo! ¡Uno dividido por uno es uno, luego dos dividido por dos ¡son dos!

EL MAESTRO.—Correctísimo según la prueba de la analogía. Pero entonces ¡cuántas son uno por tres!

EL OFICIAL.—¡Son tres!

EL MAESTRO.—Por consiguiente ¡dos por tres también son tres!

EL OFICIAL *pensativo*.—No, eso no puede ser correcto... no puede ser... o también... *-se sienta, desesperado-* ... no, ¡todavía no estoy maduro!

EL MAESTRO.—No, y aún te queda bastante para estarlo...

EL OFICIAL.—Entonces ¡cuánto tiempo tengo que quedarme aquí?

EL MAESTRO.—¡Cuánto tiempo... aquí? ¡Crees, pues, que el tiempo y el espacio existen...? Supón que el tiempo existe, entonces podrás decirme qué es el tiempo. ¡Qué es el tiempo?

EL OFICIAL.—¡El tiempo?... *-piensa-*. No se lo puedo explicar, ¡pero yo sé lo que es! Por tanto puedo saber cuántas son dos por dos ¡aunque no sepa decirlo! — ¡Puede usted decir lo que es el tiempo?

EL MAESTRO.—¡Claro que puedo!

TODOS LOS NIÑOS.—¡Que lo diga!

EL MAESTRO.—¡El tiempo? — — — Vamos a ver... *-de pie, inmóvil, apoyando un dedo en la nariz-*. Mientras hablo corre el tiempo. Es decir ¡el tiempo es algo que corre mientras hablo!

UN NIÑO *se levanta*.—Ahora está hablando usted, mientras usted habla yo me voy corriendo. ¡Luego yo soy el tiempo! *Sale corriendo*.

EL MAESTRO.—¡Totalmente correcto según las leyes de la lógica!

EL OFICIAL.—Entonces las leyes de la lógica están locas porque Nils, el que salió corriendo, no puede ser el tiempo.

EL MAESTRO.—También completamente correcto según las leyes de la lógica, aunque sea un despropósito.

EL OFICIAL.—En tal caso, ¡la lógica es un despropósito!

EL MAESTRO.—¡Así parece! Pero si la lógica es un despropósito, el mundo está loco... y entonces ¡qué demonios hago yo aquí enseñándoles a

ustedes locuras! — Si hay alguien que invite a una copa de aguardiente, ¡podríamos ir después a bañarnos!

EL OFICIAL.— ¡Esto es un «posterius prius» o el mundo al revés, porque lo que se suele hacer es bañarse primero y tomarse la copa después!
¡Viejo ceporro!

EL MAESTRO.— Usted, por muy doctor que sea, no debe ser tan insolente!

EL OFICIAL.— Oficial, por favor. Soy oficial y no entiendo por qué razón estoy aquí entre escolares y encima sufriendo sus castigos...

EL MAESTRO *levanta el dedo*.— ¡Hay que madurar!

EL JEFE DE LA CUARENTENA *entrando*.— ¡Comienza la cuarentena!

EL OFICIAL.— ¡Ah, estás aquí! ¡Puedes creer que ese mamarracho de ahí me obliga a estar entre los alumnos de la escuela aunque soy doctor?

EL JEFE DE LA CUARENTENA.— Entonces ¿por qué no te vas?

EL OFICIAL.— ¡Qué fácil es decirlo! — ¡Marcharme? ¡No es tan fácil!

EL MAESTRO.— ¡Eso digo yo! — ¡Inténtalo!

EL OFICIAL *al JEFE DE LA CUARENTENA*.— ¡Sálvame! ¡Líbrame de su mirada!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.— ¡Anda, ven y déjate de tonterías! — —
¡Ven a bailar con nosotros... hay que divertirse antes de que se declare la peste! ¡Vamos a bailar!

EL OFICIAL.— ¡Va a partir el bergantín!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.— Sí, antes zarpará el bergantín — — ¡Y, claro, habrá sus lagrimitas!

EL OFICIAL.— Siempre lágrimas: ¡cuando llega y cuando se va! ¡Vámonos!

Salen. EL MAESTRO sigue su lección en silencio.

Las criadas que estaban asomadas a la ventana del baile se retiran tristes hacia el embarcadero. Después EDITH, que ha estado inmóvil pegada al piano, las sigue.

LA HIJA *al OFICIAL*.— ¡Es que no hay ni una persona feliz en este paraíso!

EL OFICIAL.— ¡Sí, esos recién casados! ¡Escúchalos!

Entran los recién casados.

EL ESPOSO a LA ESPOSA.—Mi felicidad es tan inmensa que desearía morirme...

LA ESPOSA.—Morirte ¿por qué?

EL ESPOSO.—Porque en la felicidad siempre crece la semilla de la desgracia. La felicidad se consume a sí misma como la llama — no puede arder eternamente sino que se apaga y esta premonición del inevitable final aniquila la felicidad en su cénit.

LA ESPOSA.—Muramos, pues, los dos juntos ¡ahora mismo!

EL ESPOSO.—¿Morir? ¡Sí, mi vida! ¡Porque me da miedo la felicidad, esa pérfida!

Van hacia el mar.

LA HIJA al OFICIAL.— ¡Qué cruel es la vida! ¡Triste destino el de los hombres! ¡Qué pena me dan!

EL OFICIAL.— ¡Mira a ese que viene por ahí! ¡Es el más envidiado de todos los mortales en esta localidad! -EL CIEGO *entra conducido por un lazarrillo*-. Es propietario de estos cien chalés, de todas estas bahías, playas, bosques; también son suyos los peces del agua, los pájaros del aire y la caza del bosque. Estas mil personas son sus inquilinos y el sol sale de sus mares y se pone en sus tierras...

LA HIJA.—Bueno, ¿y él también se queja?

EL OFICIAL.— ¡Y con razón, porque no ve!

EL JEFE DE LA CUARENTENA.— ¡Es ciego! — — —

LA HIJA.— ¡Ciego! ¡El más envidiado de todos!

EL OFICIAL.— ¡Viene a ver partir el bergantín en el que va su hijo!

EL CIEGO.— Yo no veo pero ¡oigo! Oigo cómo la zarpa del ancla desgarrar el barro del fondo como cuando se saca un anzuelo por la boca del pez ¡con el corazón prendido! — — — Mi hijo, mi único hijo parte a países lejanos por el ancho mar y yo sólo puedo seguirlo con mis pensamientos — — — oigo ahora chirriar la cadena — — y — hay algo que ondea y restalla como la colada en un tendedero — — tal vez

pañuelos húmedos de lágrimas — — y oigo sollozos y suspiros, parece gente que llora... me pregunto si serán las pequeñas olas que chapotean contra el casco del barco o los sollozos de las chicas de la ribera — — las abandonadas... las desconsoladas — — Pregunté una vez a un niño por qué era el mar salado y el niño, que tenía a su padre en un barco por alta mar, me dijo que porque los marineros lloran mucho — ¡Y por qué lloran tanto los marineros? — Pues, me contestó, porque siempre tienen que marcharse de viaje — — — ¡Y por eso secan siempre los pañuelos en los mástiles! — — ¡Por qué lloran los hombres cuando están tristes?, le pregunté después — Porque a veces, me contestó, hay que lavarse los ojos para ver con más claridad.

El bergantín ha izado las velas y se aleja deslizándose majestuosamente; las chicas que hay en la orilla se despiden agitando los mismos pañuelos con que se secan las lágrimas. Ahora en el palo de señales se iza la bandera del «sí», una bola roja sobre fondo blanco. Alice contesta jubilosa agitando el pañuelo.

LA HIJA *al* OFICIAL.—¿Qué significa esa bandera?

EL OFICIAL.—Significa «Sí». ¡Es el «sí» del teniente en rojo, como la sangre roja que sale del corazón, dibujado sobre el lienzo azul del cielo!

LA HIJA.—¿Y cómo es el «No»?

EL OFICIAL.—Es azul como la sangre impura que corre por las venas... ¿ves lo contenta que está Alice?

LA HIJA.—¿Y lo triste que está Edith! ¡Cómo llora! — —

EL CIEGO.—¡Encontrarse y separarse! — ¡Separarse y encontrarse! — ¡Es la vida! — ¡Un día me encontré con su madre! ¡Y luego se fue! — Me quedó el hijo; ¡ahora se va!

LA HIJA.—¡Seguro que volverá! — — —

EL CIEGO.—¿Quién me habla? Yo he oído antes esta voz, en sueños, en mi juventud, cuando empezaban las vacaciones de verano, los días de recién casado, cuando nació mi hijo: cada vez que la vida me sonreía oía esa voz, como el susurro del viento del sur, como un acorde de arpas de lo alto, tal como me imagino el coro de los ángeles en la noche de Navidad...

EL ABOGADO *entra, va hasta EL CIEGO y le susurra algo al oído.*

EL CIEGO.—¡Ah, sí? ¡Vaya!

EL ABOGADO.—Pues ¡así es! *Va hasta LA HIJA.* Ya has visto casi todo, pero aún no has probado lo peor.

LA HIJA.—¡Y eso qué puede ser?

EL ABOGADO.—¡Las repeticiones! — — ¡La reiteración! — — ¡Volver atrás! ¡Repetir una asignatura suspendida! — — ¡Vuelve!

LA HIJA.—¡Adónde?

EL ABOGADO.—¡A tus deberes!

LA HIJA.—Y eso ¿qué es?

EL ABOGADO.—¡Todo lo que te horroriza! Todo lo que no quieres hacer, pero estás obligada a hacer. Es renunciar, sacrificarse, privarse, aguantar... es todo lo desagradable, repelente, doloroso....

LA HIJA.—Y ¿no hay deberes agradables?

EL ABOGADO.—Se vuelven agradables una vez cumplidos...

LA HIJA.—Cuando ya no existen — — — ¡Deber es, pues, lo desagradable! Entonces ¿qué es lo agradable?

EL ABOGADO.—Lo agradable es pecado.

LA HIJA.—¿Pecado?

EL ABOGADO.—¡Que será castigado, sí! Si he pasado un día y una noche agradables, al día siguiente tengo unos remordimientos infernales y mala conciencia.

LA HIJA.—¡Qué extraño!

EL ABOGADO.—Sí, me despierto por la mañana con dolor de cabeza y entonces comienza la recapitulación, la perversa recapitulación. De manera que todo lo que anoche era hermoso, agradable, ingenioso hoy por la mañana aparece feo, repugnante, estúpido en el recuerdo. El placer se pudre y la alegría se desmorona. Lo que los hombres llaman éxito es siempre causa del subsiguiente fracaso. Los éxitos que coseché en mi vida fueron mi perdición. Los hombres tienen un horror instintivo al bienestar de los otros. Les parece injusto que el destino te favorezca y por tanto, para restablecer el equilibrio, se encargan de ponerte piedras en el camino. Tener talento es peligrosísimo, porque lo más fácil es ¡que te mueras de hambre! Sin embargo

¡vuelve a tus deberes o te denunciaré y tendremos que padecer todo el insufrible papeleo de la separación!

LA HIJA.—¿Regresar? A la estufa de hierro y a la olla de col, a la ropa de niño...

EL ABOGADO.—¡Claro! Hoy es día de colada y, por cierto, tenemos que lavar todos los pañuelos...

LA HIJA.—¡Oh! ¿tendré que volver a ocuparme de eso?

EL ABOGADO.—La vida, toda la vida, no es más que eso, repeticiones... Mira al maestro de la escuela... Ayer lo promovieron a doctor, le impusieron la corona de laurel y dispararon salvas en su honor, entró en el Parnaso y recibió el abrazo del monarca... Y hoy vuelve a la escuela a preguntar cuántas son dos por dos y así lo seguirá haciendo hasta que se muera... ¡Anda, ven, regresa a tu hogar!

LA HIJA.—¡Prefiero morir!

EL ABOGADO.—¿Morir? ¡No se puede! Porque, en primer lugar, es tan deshonesto que hasta insultan tu cadáver; y, a eso, añade que — — ¡te condenarás! — — — ¡Es pecado mortal!

LA HIJA.—¡No es fácil ser hombre!

TODOS.— ¡Muy bien!

LA HIJA.—¡Yo no vuelvo a la humillación y a la suciedad con usted! — — Quiero volver al lugar de donde he venido, pero — — — antes hay que abrir la puerta para que yo conozca el secreto... ¡Quiero que se abra la puerta!

EL ABOGADO.—Entonces tienes que volver sobre tus huellas, deshaciendo el camino recorrido, aguantando todas las penalidades del proceso, repeticiones, circunloquios, reiteraciones...

LA HIJA.—¡Que sea lo que sea, pero primero me voy a retirar a la soledad del desierto para encontrarme a mí misma! ¡Hasta pronto! *Al poeta* ¡Sígueme!

VOCES *que provienen de la lejanía*.—¡Oh! ¡Ay, de nosotros! — ¡Ay, de nosotros!

LA HIJA.—¿Qué es eso?

EL ABOGADO.—¡Son los desgraciados del Estrecho de la Vergüenza!

LA HIJA.—¿Por qué se quejan hoy más que otras veces?

EL ABOGADO.—¡Porque hoy aquí brilla el sol, porque aquí suena la música y hay baile y juventud! ¡Entonces sienten sus sufrimientos con mayor intensidad!

LA HIJA.—¡Tenemos que liberarlos!

EL ABOGADO.—¡Inténtalo! ¡Una vez vino un libertador y lo crucificaron!

LA HIJA.—¡Quiénes?

EL ABOGADO.—¡Todos los biempensantes!

LA HIJA.—¿Y quiénes son esos biempensantes?

EL ABOGADO.—¡No sabes quiénes son los biempensantes? ¡No te preocupes, los conocerás!

LA HIJA.—¿Son los que te negaron el doctorado?

EL ABOGADO.—¡Sí!

LA HIJA.—¡Entonces ya los conozco!

12

Una playa en el Mediterráneo. En primer término, a la izquierda, se ve un muro blanco por encima del cual asoman naranjos, cargados de frutos. En el fondo, chalés y un casino con terraza. A la derecha, un gran montón de carbón y dos carretillas. Al fondo a la derecha, se vislumbra un trozo de mar azul.

DOS CARBONEROS, torso desnudo, cara, manos y todas las partes descubiertas del cuerpo negras, están sentados cada uno en su carretilla, desesperados.

LA HIJA y EL ABOGADO en el fondo.

LA HIJA.—¡Esto es el paraíso!

CARBONERO 1º.—¡Esto es el infierno!

CARBONERO 2º.—¡Cuarenta y ocho grados a la sombra!

CARBONERO 1º.—¡Vamos a bañarnos?

CARBONERO 2º.—Nos cogerá la policía. ¡No podemos bañarnos aquí!

CARBONERO 1º.—¡Tampoco se puede coger fruta del árbol!

CARBONERO 2º.—¡No, te detendrá la policía!

CARBONERO 1º.—Pues yo no puedo trabajar con este calor; ahí se queda todo. ¡Me voy!

CARBONERO 2º.—¡Entonces viene la policía y te detiene! — — —
Pausa. Y además te quedas sin comer...

CARBONERO 1º.—¡Sin comer? — — — Nosotros, que somos los que más trabajamos, somos los que menos comemos; y los ricos, que no hacen nada, ahí los tienes empapuzándose. — — — ¡No crees que se podría afirmar — sin faltar a la verdad — que esto es injusto? ¡Qué dice a esto la hija de los dioses?

LA HIJA.—¡No tengo respuesta! — — — Pero dime, ¿qué has hecho para estar tan negro y tener un destino tan duro?

CARBONERO 2º.—¡Que qué hemos hecho? Pues haber nacido de padres pobres y relativamente malos. Tal vez condenados un par de veces.

LA HIJA.—¿Condenados?

CARBONERO 2º.—Sí, los que no han sido condenados están allí arriba en el Casino disfrutando de cenas de ocho platos con buen vino.

LA HIJA *al* ABOGADO.—¿Es esto verdad?

EL ABOGADO.—En líneas generales, sí.

LA HIJA.—¿Quieres decir que todos los hombres han merecido alguna vez la cárcel?

EL ABOGADO.—¡Sí!

LA HIJA.—¿Tú también?

EL ABOGADO.—¡Sí!

LA HIJA.—¿Y es verdad que estos desgraciados no se pueden bañar aquí, en el mar?

EL ABOGADO.—Sí, ni siquiera con la ropa puesta. Sólo los que tienen la intención de suicidarse se libran de la multa. Pero parece que una vez reanimados les sacuden en la comisaría.

LA HIJA.—¿Y no pueden salir y bañarse fuera del pueblo?

EL ABOGADO.—No hay una playa libre, todo está vallado.

LA HIJA.—Me refiero al mar libre...

EL ABOGADO.—No hay mar ni nada libre, los capitalistas se lo han repartido.

LA HIJA.—Hasta el mar, el inmenso mar...

EL ABOGADO.—¡Todo! No puedes siquiera ir con un barco por el mar y atracar en el sitio más recóndito, sin que te apunten en un registro y te pongan una multa. Bonito ¿verdad?

LA HIJA.—¡Esto no es el paraíso!

EL ABOGADO.—¡Ya lo puedes jurar!

LA HIJA.—¿Por qué no hacen nada los hombres para mejorar su situación? — — —

EL ABOGADO.—Lo intentan, sí, pero todos los reformadores terminan en la cárcel o en el manicomio...

LA HIJA.—¿Quién los mete en la cárcel?

EL ABOGADO.—Los biempensantes, todas las personas honradas...

LA HIJA.—¿Quién los mete en el manicomio?

EL ABOGADO.—¡Su propia desesperación al ver lo inútil de sus esfuerzos!

LA HIJA.—¿Y a nadie se le ha ocurrido pensar que, por motivos desconocidos o secretos, las cosas están bien como están?

EL ABOGADO.—¡Sí, los que están en buena posición piensan siempre así!

LA HIJA.—¿Que todo está bien tal como está? — — —

CARBONERO 1º.—Y sin embargo somos nosotros los cimientos de la sociedad: si no les trajésemos carbón se apagaría la lumbre de la cocina, la chimenea del salón, se pararían las máquinas de las fábricas: se apagaría la luz de las calles, la de las tiendas, la de los hogares: la oscuridad y el frío se abatirían sobre ustedes, por eso sudamos como demonios para traerles el negro carbón... ¿Y qué nos dan ustedes a cambio?

EL ABOGADO a LA HIJA.—¡Ayúdalos! — — — *-Pausa-*. Entiendo que no pueda haber una igualdad total para todos: pero que tenga que haber tanta desigualdad...

MARIDO y ESPOSA cruzan paseando el escenario.

ESPOSA.—¿Vienes a jugar una partida?

MARIDO.—No, tengo que andar un poco para ver si abro el apetito y puedo cenar.

CARBONERO 1º.—¿Has oído? «Abrir el apetito...»

CARBONERO 2º.—Para «poder» cenar...

Entran LOS NIÑOS: gritan horrorizados al ver a los Trabajadores Negros.

CARBONERO 1º.—¡Gritan al vernos! Gritan...

CARBONERO 2º.—¡Joder! — — — Vamos a tener que sacar los patibulos y operar este cuerpo podrido...

CARBONERO 1º.—¡Joder, digo yo también! ¡Joder!

EL ABOGADO a LA HIJA.—¡Todo está patas arriba! ¡Es una locura! Los hombres no son tan malos... sino...

LA HIJA.—¿Sino...?

EL ABOGADO.—Sino el sistema...

LA HIJA *sale cubriéndose la cara.*—¡Esto no es el Paraíso!

LOS CARBONEROS.—No, es el infierno. ¡Esto es el infierno!

13

La gruta de Fingal. Largas y lentas olas verdes baten la gruta.

En primer término, una boya de sirena pintada de rojo se balancea en las olas aunque no producirá sonido alguno hasta que se advierta en acotación.

Música de los vientos.

Música de las olas.

EL POETA.—¿Adónde me has traído?

LA HIJA.—Lejos del ruido y los lamentos de los hijos del hombre, al punto más lejano de los océanos, a esta gruta a la que llamamos la Oreja de Indra, porque se dice que aquí el señor de los cielos escucha las quejas de los mortales.

EL POETA.—¿Cómo? ¡Aquí?

LA HIJA.—¿No ves que esta gruta tiene forma de caracola? ¡Claro que lo ves! ¿No sabes que tu oreja tiene la forma de caracola? ¡Lo sabes, pero nunca has pensado en ello! -Coge una caracola de la playa-. ¿No te has llevado de niño una caracola a la oreja y has oído... el susurro

de la sangre de tu corazón, el rumor de tus pensamientos en el cerebro, la rotura de miles de hilillos desgastados en los tejidos de tu cuerpo?... Si oyes todo eso en una pequeña caracola, ¡imagínate lo que se puede oír en ésta tan enorme! — — —

EL POETA *escuchando*.—No oigo nada, sólo el susurro del viento...

LA HIJA.—¡Entonces yo haré de intérprete! ¡Escucha el lamento de los vientos. *Recita acompañada de suave música.*

Nacidos bajo las nubes del cielo
fuimos arrojados a la polvorienta tierra
por los relámpagos de Indra...
El estiércol de los campos nos manchó los pies,
y también el polvo de los caminos.
Tuvimos que soportar
los humos de las ciudades,
malos alientos,
olor a comida y vapores de vino —
¡Salimos al vasto mar
para airear nuestros pulmones,
sacudir nuestras alas
y lavarnos los pies!
Indra, señor del cielo,
¡escúchanos!
¡Escucha nuestros suspiros!
¡La tierra no está limpia!
¡La vida no es buena!
¡Los hombres no son malos,
tampoco buenos!
¡Viven como pueden,
día tras día!
¡Los hijos del polvo caminan por el polvo!
¡Nacidos del polvo
al polvo regresarán!
¡Les fueron dados pies para andar,

no alas para volar!
Si caminan polvorientos
¿es culpa de ellos
o Tuya?

EL POETA.—Una vez oí algo así...

LA HIJA.—¡Calla! Los vientos siguen cantando.

¡Nosotros, los vientos, los hijos del aire,
llevamos las quejas de los hombres!
¿Nos oías en las noches de otoño
en el cañón de la chimenea,
en las portezuelas de la estufa de cerámica,
en la rendija de la ventana,
cuando la lluvia lloraba sobre los tejados?
¿O en noches de invierno
en un pinar nevado?
En el tempestuoso mar
¿oías tú los lamentos y quejas
en velas y jarcias?
Somos nosotros, los vientos,
los hijos del aire
los que al atravesar el pecho del hombre
aprendimos los gritos de su dolor...
En hospitales, campos de batalla,
y sobre todo en los cuartos de niños
donde los recién nacidos lloran,
gritan y gimen
por el dolor de existir.
Somos nosotros, los vientos,
los que silbamos y gemimos.
¡Ay, ay, qué desgracia! ¡Pobres de nosotros!

EL POETA.—Me parece que yo antes una vez...

LA HIJA.—¡Calla! ¡Cantan las olas!

¡Nosotras, nosotras, las olas
que acunamos a los vientos
llevándolos al descanso!
Cunas verdes, somos nosotras, las olas,
húmedas somos y saladas,
nos parecemos a las llamas del fuego
somos llamas húmedas,
apagando lo que arde,
lavando, bañando,
creando, procreando.
Nosotras, nosotras, las olas
que llevamos los vientos al descanso
acunándolos.

LA HIJA.—¡Olas falsas e infieles! Todo lo que no se quema en la tierra lo ahogan — las olas — Mira. -*Señala un montón de pecios*-. Esto es lo que el mar ha robado y destrozado — — — lo único que queda de los barcos hundidos son los mascarones de proa — — — y los nombres *Justicia, Amistad, Paz dorada, Esperanza* — — — eso es todo lo que queda del *Esperanza*, ¡la pérfida esperanza! — — — ¡Bicheros, escálamos, achicadores! Y mira: el salvavidas — — — ¡se salvó él, pero dejó que se hundiera el náufrago!

EL POETA *buscando en el montón de pecios*.—Aquí está la placa con el nombre del barco *Justicia*. ¡Es el barco que zarpó de Bahía Bella con el hijo del ciego! ¡Se ha ido a pique! ¡Y en él iba el novio de Alice, el amor sin esperanza de Edith!

LA HIJA.—¡El ciego? ¡Bahía Bella? ¡Lo he tenido que soñar! Y el novio de Alice, la fea Edith, Bahía Bella y el Estrecho de la Vergüenza, azufre y fenol, la ceremonia del doctorado en la iglesia, el despacho del abogado, el callejón y Victoria, el Castillo que crece y el oficial... todo eso lo he soñado...

EL POETA.—¡Una vez escribí un poema sobre eso!

LA HIJA.—Entonces sabes lo que es poesía...

EL POETA.—Sé lo que son sueños... — — — ¡qué es poesía?

LA HIJA.—No realidad, sino más que realidad... No soñar, sino soñar despierto.

EL POETA.—Y los hijos del hombre creen que nosotros, los poetas, simplemente jugamos... ¡inventamos y fabulamos!

LA HIJA.—Y eso está muy bien, amigo mío, porque de lo contrario el mundo, a falta de estímulo, se quedaría desierto. Todos se tumbarían a la bartola, a mirar el cielo; ¡nadie trabajaría con arado o pala, hacha o pico!

EL POETA.—Y eso lo dices tú, la hija de Indra, cuya mitad pertenece al mundo de allá arriba — — —

LA HIJA.—Tienes razón en reprochármelo: he pasado demasiado tiempo aquí abajo y me he bañado en barro tanto como tú... Mis pensamientos ya no pueden volar: barro en las alas... tierra en los pies... y yo... *-levanta los brazos-* me hundo, me hundo... ¡Ayúdame, padre, Dios de los cielos! *-Silencio-*. ¡Ya no oigo sus respuestas! El éter no traslada el sonido de sus labios a la caracola de mi oído — — — se ha roto el hilo de plata... ¡Ay de mí, estoy atada a la tierra!

EL POETA.—¿Piensas ascender... pronto?

LA HIJA.—Tan pronto como haya quemado la materia... ¡ya que el agua de los océanos no quiere purificarme! ¿Por qué me lo preguntas?

EL POETA.—Porque... tengo una oración... una súplica...

LA HIJA.—Qué clase de súplica...

EL POETA.—¡Una súplica de la humanidad al Señor del mundo redactada por un Soñador!

LA HIJA.—Para que la presente...

EL POETA.—La hija de Indra...

LA HIJA.—¿Puedes recitar tu poema?

EL POETA.—¡Sí, claro!

LA HIJA.—¡Pues empieza!

EL POETA.—¡Mejor, tú!

LA HIJA.—¿Dónde lo leo?

EL POETA.— ¡En mis pensamientos! ¡O aquí! *Le da un rollo de papel.*

LA HIJA *coge el papel, pero recita de memoria.*— Bien, lo recitaré:

«¿Por qué naces con dolor
por qué afliges a tu madre,
hijo del hombre, al regalarle
las delicias de la maternidad,
la delicia de todas las delicias?
¿Por qué despiertas a la vida,
por qué saludas a la luz
con un grito de maldad y dolor?
¿Por qué no sonrías a la vida,
hijo del hombre, cuando el don de la vida
debe ser la alegría misma?
¿Por qué nacemos como los animales
nosotros de estirpe divina y humana?
¡El espíritu exige otra vestimenta
que esta de sangre y suciedad!
¿Debe cambiar los dientes la imagen de Dios?...»

Al poeta:

— ¡Calla... presuntuoso! ¡La obra no puede criticar al maestro!

¡Aún no ha descubierto nadie el enigma de la vida! — — —

Sigue recitando.

«Y entonces comienza el largo peregrinar
sobre espinas, cardos, piedras;
si alguna vez encuentras un camino de rosas
te dicen inmediatamente que está prohibido;
si coges una flor, ¡zas!
enseguida te dicen que pertenece a otro;
si te cierra el camino un campo sembrado
y tienes que seguir tu marcha,
y pisas entonces el sembrado de otro,
pronto habrá alguien que pisotee el tuyo
¡para que así no haya diferencia!
Cada placer que disfrutas

provoca pena en todos los demás,
pero tu pena no hace feliz a nadie
¡porque es pena sumada a pena!
Y así sigue el camino hasta tu muerte
¡que desgraciadamente será de otro la suerte!».

— — —

Al poeta:

—¿Así piensas, hijo del barro, acercarte al Altísimo?

EL POETA. —¿Cómo va a encontrar, el hijo del barro, palabras tan luminosas, puras y ligeras, que puedan ascender desde la tierra...? Hija de los dioses, ¿quieres traducir nuestra queja al idioma que mejor entiendan los Inmortales?

LA HIJA. —¡Sí, lo haré!

EL POETA *señalando la boya.* — ¿Qué es eso que flota allí? ¿Una boya?

LA HIJA. —¡Sí!

EL POETA. — ¡Parece un pulmón con una laringe!

LA HIJA. —Es el vigilante del mar: cuando hay un peligro inminente, canta.

EL POETA. —A mí me parece que el mar está subiendo y las olas arrecian...

LA HIJA. — ¡No pienso yo otra cosa!

EL POETA. — ¡Horror! ¿Qué veo allí? — ¡Un barco... junto a los arrecifes!

LA HIJA. — ¿Qué barco puede ser?

EL POETA. —Creo que es el barco Fantasma.

LA HIJA. — ¿Qué barco es ese?

EL POETA. —El del Holandés errante.

LA HIJA. — ¿Ése? ¿Por qué se le castiga con tanta dureza y por qué no desembarca?

EL POETA. — ¡Porque tuvo siete esposas infieles!

LA HIJA. — ¡Por eso hay que castigarlo?

EL POETA. — ¡Sí! Todos los bienpensantes lo condenaron...

LA HIJA. — ¡Extraño mundo! — — — ¿Cómo puede ser liberado de esa condena?

EL POETA. — ¿Ser liberado? Hay que tener mucho cuidado con eso de liberar...

LA HIJA. — ¿Por qué?

EL POETA. — Porque... No, ¡no es el Holandés! ¡Es un barco que está en peligro! — ... ¿Por qué no suena la boya? — — — Mira, el mar sube, es más fuerte el oleaje; ¡pronto vamos a quedar encerrados en la gruta! — — — ¡Ahora suena la campana del barco! — Pronto nos llegará otro mascarón de proa... ¡Grita, boya, cumple con tu deber, vigilante del mar! -*La boya canta ahora un acorde a cuatro voces que parece una sirena de barco*-. — — — La tripulación nos hace señales... ¡Pero nosotros vamos a perecer!

LA HIJA. — ¿No quieres la liberación?

EL POETA. — Sí, claro que la quiero, pero no ahora... ¡y no en el agua!

LA TRIPULACIÓN *canta a cuatro voces*. — ¡Cristo, kyrie!

EL POETA. — ¡Ahora gritan y el mar ruge! Pero ¡nadie oye!

LA TRIPULACIÓN *como antes*. — ¡Cristo, kyrie!

LA HIJA. — ¿Quién viene por allí lejos?

EL POETA. — ¿Andando por el agua? No es más que uno que anda por el agua.

No es Pedro, la roca firme, porque él se hundió como una piedra...

Se ve un blanco resplandor en el mar.

LA TRIPULACIÓN *canta a cuatro voces*. — ¡Cristo, kyrie!

LA HIJA. — ¿Es Él?

EL POETA. — Sí, es Él, el Crucificado.

LA HIJA. — ¿Por qué — dime — por qué lo crucificaron?

EL POETA. — Porque quería liberar...

LA HIJA. — ¿Quiénes — ¡lo he olvidado! — quiénes lo crucificaron?

EL POETA. — Los bienpensantes.

LA HIJA. — ¡Qué mundo tan extraño!

EL POETA. — El mar sube... La oscuridad nos envuelve... La tempestad arrecia...

LA TRIPULACIÓN lanza un alarido.

EL POETA. — La tripulación grita horrorizada cuando ve a su salvador... Y ahora — — se tiran por la borda por miedo a su redentor...

LA TRIPULACIÓN lanza un nuevo alarido.

EL POETA.—¡Ahora gritan porque van a morir! ¡Gritan cuando nacen y gritan cuando mueren!

Las olas siguen subiendo y amenazan ahogarlos en la gruta.

LA HIJA.—Si estuviera segura de que es un barco...

EL POETA.—En verdad... no creo que sea un barco... es una casa de dos pisos, rodeada de árboles... y la torre del teléfono... una torre que llega hasta las nubes... Es la moderna torre de Babel que envía mensajes hacia lo alto — para comunicar a las Alturas...

LA HIJA.—El pensamiento humano no necesita hilos de metal para trasladarse — — — la voz del piadoso atraviesa los mundos... Decididamente no es la torre de Babel, porque si quieres asaltar el cielo ¡hazlo con tus plegarias!

EL POETA.—No, no es una casa... ni una torre de teléfonos... ¿no lo ves?

LA HIJA.—¿Qué ves tú?

EL POETA.—Veo un campo cubierto de nieve, un campo de maniobras — — el sol invernal brilla detrás de la iglesia que hay en una colina y la torre proyecta su larga sombra sobre la nieve — — Un pelotón de soldados viene desfilando por la llanura; marchan sobre la torre, llegan a la aguja y ahora están pisando la cruz y yo me imagino que el primero que pise el gallo morirá... se están acercando... el cabo que va en cabeza... Oh, una nube cruza el cielo, tapa el sol... y todo se desvanece... ¡el agua de la nube apagó el fuego del sol! — La luz del sol creó la oscura imagen de la torre y la oscuridad de las nubes aniquiló la oscura imagen de la torre — — —

Durante el parlamento precedente el escenario se ha transformado en el callejón del teatro.

LA HIJA a LA PORTERA.—¿Aún no ha llegado el rector de la universidad?

LA PORTERA.—¡No!

LA HIJA.—¿Y los decanos?

LA PORTERA.—¡Tampoco!

LA HIJA.—Llámelos inmediatamente porque se va a abrir la puerta...

LA PORTERA.—¿Es tan importante?

LA HIJA.—¡Lo es! ¡Porque se sospecha que allí está guardada la explicación del enigma del mundo! — — — ¡Llama, pues, al rector de la universidad y a los decanos de las cuatro facultades!

LA PORTERA silba con un pito.

LA HIJA.—¡Y no olvides al cristalero con su diamante porque sin él no podremos hacer nada!

GENTE DEL TEATRO entran por la izquierda como al principio de la pieza.

EL OFICIAL *entra por el fondo, de levita y sombrero de copa con un ramo de rosas en la mano, resplandeciente de alegría.*— ¡Victoria!

LA PORTERA.—¡Enseguida baja la señorita!

EL OFICIAL.—¡Está bien! La calesa espera, la mesa está puesta, el champán en el hielo... Señora, ¿puedo abrazarla? *-Abraza a la portera.*
¡Victoria!

UNA VOZ FEMENINA DESDE ARRIBA *cantando.*—¡Aquí estoy!

EL OFICIAL *se pone a pasear yendo y viniendo.*—¡Bien! ¡Te espero!

EL POETA.—Tengo la impresión de que ya he vivido esto antes...

LA HIJA.—¡Y yo!

EL POETA.—¿Tal vez lo haya soñado?

LA HIJA.—¡O tal vez lo has escrito?

EL POETA.—¡O escrito!

LA HIJA.—Entonces ¡tú sabes lo que es poesía!

EL POETA.—¡Entonces yo sé lo que son sueños!

LA HIJA.—¡A mí me parece que hemos estado en otro lugar antes diciéndonos estas mismas palabras!

EL POETA.—¡Entonces pronto podrás saber qué es la realidad!

LA HIJA.—¡O los sueños!

EL POETA.—¡O la poesía!

Entran EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD y LOS DECANOS DE LAS FACULTADES DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA, MEDICINA Y DERECHO.

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD.—Lo que nos trae aquí es el asunto de la puerta, claro. ¡Qué opina el decano de la facultad de Teología?

DECANO DE TEOLOGÍA.—Yo no opino, yo creo... *Credo*...

DECANO DE FILOSOFÍA.—Yo considero...

DECANO DE MEDICINA.—Yo sé ...

DECANO DE DERECHO.—Yo, mientras no tenga pruebas y testigos, dudo.

EL RECTOR, *aparte*.—¡Ahora éstos van a volver a pelearse! — — — En primer lugar ¡qué piensa el teólogo?

DECANO DE TEOLOGÍA.—Yo creo que esta puerta no debe abrirse ya que oculta verdades peligrosas...

DECANO DE FILOSOFÍA.—La verdad nunca es peligrosa.

DECANO DE MEDICINA.—¿Qué es la Verdad?

DECANO DE DERECHO.—Lo que se puede probar con dos testigos.

DECANO DE TEOLOGÍA.—¡Con dos falsos testigos, un abogado sin escrúpulos puede probar — todo!

DECANO DE FILOSOFÍA.—La verdad es sabiduría y la sabiduría es la esencia misma de la filosofía... La filosofía es la ciencia de las ciencias, el saber del saber, ¡y todas las demás ciencias son servidoras de la filosofía!

DECANO DE MEDICINA.—La única ciencia son las ciencias naturales. ¡La filosofía no es ciencia! ¡Son puras elucubraciones vacías!

DECANO DE TEOLOGÍA.—¡Bravo!

DECANO DE FILOSOFÍA *al de Teología*.— ¡Tú dices Bravo? ¡No sabes lo que dices! ¡Tú, el enemigo jurado de toda ciencia! Tú, la antinomia del saber, tú no eres más que ignorancia y tinieblas...

DECANO DE MEDICINA.—¡Bravo!

DECANO DE TEOLOGÍA *al de Medicina*.— ¡Tú dices Bravo? Tú, que no ves más allá de tus narices y eso con lupa! ¡Tú!, que sólo crees en tus

engañosos sentidos, en los ojos, por ejemplo, que pueden ser présbitas, miopes, astigmáticos, tuertos, estrábicos, ciegos, daltónicos, ojos que no distinguen el rojo del verde...

DECANO DE MEDICINA.— ¡Imbécil!

DECANO DE TEOLOGÍA.— ¡Burro!

Llegan a las manos.

EL RECTOR.— ¡Calma! ¡Que no le saque un cuervo los ojos a otro!

DECANO DE FILOSOFÍA.— Si tuviese que elegir entre estos dos, el teólogo y el médico, elegiría... ¡a ninguno!

DECANO DE DERECHO.— Y si yo tuviese que juzgaros a vosotros tres os condenaría — ¡a todos! — — — ¡No podéis siquiera poner os de acuerdo en un solo punto y nunca habéis podido hacerlo! — Pero ¡volvamos a lo nuestro! Rector Magnífico, ¿cuál es su opinión sobre esta puerta y su apertura?

EL RECTOR.— ¡Opinión? ¡Yo no tengo opinión! A mí el Gobierno me ha nombrado sólo para que ustedes no se rompan la crisma en el claustro de profesores mientras desempeñan su noble tarea de educar a la juventud. ¡Opiniones? Me guardo mucho de tenerlas. Una vez tuve algunas pero no tardaron en refutarlas. Las opiniones pronto son rebatidas ¡por los adversarios evidentemente! — — Tal vez podamos abrir ahora la puerta ¡aun a riesgo de que oculté peligrosas verdades!

DECANO DE DERECHO.— ¡Qué es Verdad? ¡Dónde está la Verdad?

DECANO DE TEOLOGÍA.— Yo soy la Verdad y la vida...

DECANO DE FILOSOFÍA.— Yo soy el saber del Saber...

DECANO DE MEDICINA.— Yo soy el saber exacto...

DECANO DE DERECHO.— ¡Yo dudo!

Llegan a las manos.

LA HIJA.— ¡Maestros de la juventud! ¡Qué vergüenza!

DECANO DE DERECHO.— Rector Magnífico, como representante del Gobierno y cabeza del cuerpo docente, ¡le pido que tome las medidas legales oportunas contra el delito de esta mujer! ¡Les ha pedido que se avergonzasen de su conducta, eso es un insulto, y además les ha llamado Maestros de juventud en un sentido peyorativo e irónico y eso es difamación!

LA HIJA.—¡Pobre juventud!

DECANO DE DERECHO.—¡Compadecemos a la juventud, eso es acusarnos a nosotros! Rector Magnífico ¡tome medidas legales contra ella!

LA HIJA.—¡Sí, os acuso a todos, a todos en general, de sembrar la duda y la discordia en la mente de los jóvenes!

DECANO DE DERECHO.—¡Escuchen bien, es ella la que siembra entre los jóvenes dudas sobre nuestra autoridad y luego ¡nos acusa a nosotros de sembrar la duda! Yo pregunto a los bienpensantes, a todos los bienpensantes, ¿no es esto una acción criminal?

TODOS LOS BIENPENSANTES.—¡Es una acción criminal!

DECANO DE DERECHO.—¡Las personas bienpensantes te han condenado! — ¡Vete en paz con tus ganancias! En otro caso...

LA HIJA.—¿Mis ganancias? — ¿En otro caso? En otro caso, ¿qué?

DECANO DE DERECHO.—¡Serás lapidada!

EL POETA.—¡O crucificada!

LA HIJA.—¡Me voy! ¡Ven conmigo y te diré el enigma!

EL POETA.—¿Qué enigma?

LA HIJA.—¿Qué quería decir aquél con lo de «mis ganancias»?

EL POETA.—Seguramente nada. Es lo que llamamos hablar por no callar. Vacuidad.

LA HIJA.—¡Pues a mí me ofendió profundamente!

EL POETA.—¡Para eso lo dijo! — — — ¡Así son los hombres!

TODOS LOS BIENPENSANTES.—¡Viva! ¡Han abierto la puerta!

EL RECTOR.—¿Qué se ocultaba detrás de la puerta?

EL CRISTALERO.—Yo no veo nada.

EL RECTOR.—Él no ve nada, claro, ¡no me extraña! — — — ¡Decanos! ¿Qué se ocultaba detrás de la puerta?

DECANO DE TEOLOGÍA.—¡Nada! Esa es la solución al enigma del mundo! — — — En el principio Dios creó el cielo y la tierra de la nada.

DECANO DE FILOSOFÍA.—De la nada sale la nada.

DECANO DE MEDICINA.—¡Filfa! ¡Es la nada!

DECANO DE DERECHO.—¡Yo dudo!... Aquí se ha producido una estafa.

¡Les pido a todos los bienpensantes..!

LA HIJA *al* POETA.—¡Y quiénes son esos bienpensantes?

EL POETA.—Buena pregunta, que la conteste quien lo sepa. Generalmente todos los bienpensantes son una sola persona. Hoy somos yo y los míos, mañana tú y los tuyos. Es como un título que se da o, más bien, somos nosotros los que nos damos el nombre.

TODOS LOS BIENPENSANTES.—¡Nos han engañado!

EL RECTOR.—¡Quién los ha engañado?

TODOS LOS BIENPENSANTES.—La hija de Indra.

EL RECTOR.—¿Tiene la hija de Indra la amabilidad de explicarnos qué pretendía con la apertura de esta puerta?

LA HIJA.—¡No, amigos míos! ¡Si lo dijese, no me ibais a creer!

DECANO DE MEDICINA.—¡Ahí no hay nada!

LA HIJA.—¡Tú lo has dicho! ¡Pero no lo has entendido!

DECANO DE MEDICINA.—¡Lo que dice son tonterías!

TODOS.—¡Filfa!

LA HIJA *al* POETA.—¡Que pena me dan los hombres!

EL POETA.—¿Lo dices en serio?

LA HIJA.—¡Siempre hablo en serio!

EL POETA.—¿También te dan pena los bienpensantes?

LA HIJA.—Tal vez los que más.

EL POETA.—¿Y los decanos de las cuatro facultades?

LA HIJA.—También, y ellos en particular. Cuatro cabezas, cuatro sentidos, en un solo cuerpo. ¿Quién ha creado ese monstruo?

TODOS.—¡No contesta!

EL RECTOR.—Entonces ¡pegadle!

LA HIJA.—¡He contestado!

EL RECTOR.—¿Habéis oído? ¡Ha contestado!

TODOS.—¡Pegadle! ¡Ha contestado!

LA HIJA.—Da igual, conteste o no conteste, ¡pegadle! — — *Al* POETA Ven, Visionario, ven conmigo — lejos de aquí — te revelaré el enigma — pero en el desierto, allí donde no nos oiga nadie, donde no nos vea nadie. Porque — —

EL ABOGADO *se acerca a LA HIJA y la coge del brazo.*—¿Has olvidado tus deberes?

LA HIJA.—¡No, por Dios! ¡Pero tengo deberes más altos!

EL ABOGADO.—¿Y tu hijo?

LA HIJA.—¡Mi hijo! ¡Algo más?

EL ABOGADO.—¡Tu hijo te llama!

LA HIJA.—¡Mi hijo! ¡Horror, estoy atada a la tierra! — — — Y este dolor en el pecho, esta angustia... ¿que será?

EL ABOGADO.—¿No lo sabes?

LA HIJA.—No.

EL ABOGADO.—Los remordimientos de conciencia.

LA HIJA.—¿Son esto los remordimientos?

EL ABOGADO.—Sí. Surgen después de haber desatendido un deber o después de haber gozado de algún placer, aún el más inocente, si es que existen los placeres inocentes, lo que es más bien dudoso, y después de todo sufrimiento que se le cause al prójimo

LA HIJA.—¿Y no existe remedio?

EL ABOGADO.—¡Sólo uno! Cumplir inmediatamente el deber desatendido — — —

LA HIJA.—¡Pareces un demonio cuando nombras la palabra deber! — ¿Y cuando, como yo, se tienen dos deberes que cumplir?

EL ABOGADO.—Entonces ¡se cumple primero uno y luego el otro!

LA HIJA.—Primero el más elevado... por tanto cuida tú de mi hijo y mientras yo cumpliré mi deber...

EL ABOGADO.—Tu hijo sufre de tu ausencia — — — ¿puedes comprender que una persona sufra por tu culpa?

LA HIJA.—Ahora me has llenado el alma de zozobra... se ha partido en dos ¡y cada parte tira en una dirección!

EL ABOGADO.—¡Son las pequeñas contrariedades de la vida!

LA HIJA.—Pero ¡cómo duelen!

EL POËTA.—Si tuvieses idea de la cantidad de pena y desolación que he causado a consecuencia del cumplimiento de mi vocación, y hablo de vocación, que es el más alto deber, ¡no querrías ni cogermelo de la mano!

LA HIJA.—¿Cómo es eso?

EL POETA.—Tuve un padre que había depositado en mí, su único hijo, todas sus esperanzas para que continuase sus negocios... Me escapé de la escuela de comercio... Mi padre murió del disgusto. Mi madre quería que fuese religioso... yo no tenía vocación para serlo... Me repudió... Tenía un amigo que me apoyó en los duros tiempos de necesidad... Este amigo se comportaba como un tirano con aquellos de los que yo hablaba bien y apreciaba. ¡Así es que tuve que rechazar a mi amigo y benefactor para salvar mi alma! A partir de entonces ya no he tenido paz: la gente me llama infame y canalla y no me sirve de nada que la conciencia me diga «Has hecho bien», porque un momento después me dice «Has hecho mal»! ¡Así es la vida!

LA HIJA.—¡Ven conmigo al Desierto!

EL ABOGADO.—¡Tu hijo!

LA HIJA *refiriéndose a todos los presentes*.—¡He aquí a mis hijos! De uno en uno son buenos, pero cuando se juntan comienzan a pelearse y se convierten en demonios! — — — ¡Adiós!

15

Delante del Castillo; el mismo decorado que en la primera escena. Pero ahora, delante del Castillo, la tierra está cubierta de flores azules de acónito. En el tejado del Castillo, cerca de la claraboya, se ve el capullo de un crisantemo a punto de abrirse. Las ventanas del Castillo están iluminadas desde el interior, por velas.

LA HIJA.—No está lejos el momento en que, con la ayuda del fuego, vuelva a ascender al éter... Es lo que llamáis morir y que veis acercarse con miedo.

EL POETA.—¡El miedo a lo desconocido!

LA HIJA.—¡Que conocéis!

EL POETA.—¿Quién lo conoce?

LA HIJA.—¡Todos! ¡Por qué no creéis en vuestros profetas?

EL POETA.—Los hombres siempre han desconfiado de los profetas, ¿por qué crees que pasa eso? — — Y «Si Dios ha hablado por su boca ¿por qué no creen los hombres?». ¡Su poder de convicción debería ser irresistible!

LA HIJA.—¿Tú has dudado siempre?

EL POETA.—No, muchas veces he creído tener fe. Pero después de un tiempo desaparecía, ¡como un sueño cuando uno se despierta!

LA HIJA.—¡No es fácil ser hombre!

EL POETA.—¿Lo entiendes y lo reconoces ya? — —

LA HIJA.—¡Sí!

EL POETA.—Oye, ¿no fue Indra el que una vez envió a su Hijo a la tierra para escuchar las quejas de los hombres?

LA HIJA.—Sí, fue él... ¿Y cómo fue recibido?

EL POETA.—Te voy contestar con otra pregunta: ¿cómo cumplió su misión?

LA HIJA.—Voy a contestarte también con otra... Después de su visita, ¿mejoró la situación de los hombres? ¡Dime la verdad!

EL POETA.—¿Mejorar? Bueno, sí, ¡un poco! ¡Muy poco! — — — Pero dejémonos de tanta pregunta y explícame el enigma.

LA HIJA.—Sí... ¿y de qué me iba a servir? ¡Tú no me crees!

EL POETA.—¡Yo te creo, porque sé quien eres!

LA HIJA.—Bien, ¡hablaré! En el comienzo de los tiempos, antes de que brillara el sol, Brahma, la divina fuerza primigenia, se dejó seducir por Maya, la madre del Mundo, para tener descendencia. El contacto de la divina sustancia primigenia con la materia terrenal provocó la Caída del cielo. El Mundo, la vida y los hombres no son más que fantasmas, sombras, imágenes de sueños — — —

EL POETA.—¡Mi sueño!

LA HIJA.—Un sueño hecho realidad. — — — Pero para liberarse de la materia terrenal, los hijos de Brahma eligieron el camino de la privación y el sufrimiento... Ahí tienes el sufrimiento como liberador... Estas ansias de sufrir entran en conflicto con el deseo de gozar o el Amor... ¿entiendes ahora lo que es el amor con sus grandes placeres en los más intensos dolores? ¡Lo más dulce en lo más amargo! ¡Comprendes ahora

lo que es la mujer? La mujer, a través de la que el pecado y la muerte entraron en la vida...

EL POETA. — ¡Comprendo! — — — ¿Y el final...?

LA HIJA. — El que tú conoces... La lucha entre el dolor del placer y el placer del sufrimiento... entre los remordimientos del penitente y los placeres del libertino...

EL POETA. — Es decir, ¿lucha?

LA HIJA. — La lucha entre contrarios genera fuerza, como el fuego y el agua generan la fuerza del vapor...

EL POETA. — ¿Y la paz? ¿El descanso?

LA HIJA. — Calla, no debes preguntar más y yo no puedo responder — El altar ya está engalanado para el sacrificio — — las flores montan guardia y las velas están encendidas... la sábana blanca cuelga de la ventana... y se han extendido ramas de abeto en el suelo del portal...

EL POETA. — ¡Lo dices con tal calma que parece como si el sufrimiento no existiera para ti!

LA HIJA. — ¡Ah, no? Yo he sufrido todas vuestras penalidades, pero cien veces más ¡porque soy mucho más sensible!

EL POETA. — Dime, ¿cuáles son tus penas?

LA HIJA. — Poeta, ¿podrías contarme las tuyas sin que te sobrasen palabras? ¿Han alcanzado alguna vez tus palabras el vuelo de tus pensamientos?

EL POETA. — No, ¡tienes razón! He andado como un sordomudo ante mí mismo y cuando las multitudes escuchaban con admiración mis canciones yo las encontraba ya malas — ¡por eso, sabes, me avergonzaba siempre que me rendían homenajes!

LA HIJA. — Y ahora tú quieres que yo... ¡Mírame a los ojos!

EL POETA. — No puedo sostener tu mirada...

LA HIJA. — ¿Cómo ibas, pues, a aguantar mis palabras, si te hablase en mi lenguaje...?

EL POETA. — Sin embargo, dime, antes de marcharte: ¿qué es lo que te hizo más daño aquí abajo?

LA HIJA. — Pues — existir, la mera existencia: sentir mi visión debilitada por un ojo, mi oído embotado por una oreja y mi pensamiento, mi

pensamiento aéreo y luminoso, preso en esos laberintos de grasa. Tú has visto un cerebro ¿verdad?... qué circunvoluciones... qué senderos tan tortuosos...

EL POETA.—Sí, ¡por eso los bienpensantes piensan siempre torcido!

LA HIJA.—Qué malvado, siempre igual de malo, pero ¡así sois todos!

— — —

EL POETA.—¿Es que se puede ser otra cosa?

LA HIJA.—Ahora me quito primero el polvo de los pies... la tierra, el barro... *Se quita los zapatos y los echa al fuego.*

LA PORTERA *entra y echa su chal al fuego.*—¿Tal vez pueda quemar yo también mi chal? *Sale.*

EL OFICIAL *entra.*—Y yo mis rosas, a las que ya no les quedan más que espinas. *Sale.*

EL CARTELERO *entra.*—Puedo echar los carteles, pero el salabre, ¡eso nunca! *Sale.*

EL CRISTALERO *entra.*—¿El diamante con el que abrí la puerta? Adiós. *Sale.*

EL ABOGADO *entra.*—Las actas del gran proceso que tuvo como asunto el sexo de los ángeles o la disminución de caudal de las fuentes del Ganges. *Sale.*

EL JEFE DE LA CUARENTENA *entra.*—Mi pequeña contribución: esta máscara que me convirtió en negro contra mi voluntad. *Sale.*

VICTORIA *entra.*—¡Mi belleza, mi pena! *Sale.*

EDITH *entra.*—¡Mi fealdad, mi pena! *Sale.*

EL CIEGO *entra y pone la mano en el fuego.*—¡Doy la mano por mi ojo! *Sale.*

DON JUAN entra en silla de ruedas, empujada por ELLA y el AMIGO.

DON JUAN.—¡Deprisa, deprisa, que la vida es breve! *Sale con los otros.*

EL POETA.—He leído que cuando la vida se acerca a su fin, todo y todos pasan como en un desfile... ¿Es este el fin?

LA HIJA.—Sí, ¡el mío! ¡Adiós!

EL POETA.—¡Dime alguna palabra de despedida!

LA HIJA.—¡No, no puedo! ¿Crees que vuestras palabras pueden expresar nuestros pensamientos?

EL TEÓLOGO *entra furioso*.— Dios me ha desautorizado, los hombres me persiguen, el gobierno me ha abandonado y mis colegas se burlan de mí. ¿Cómo voy a creer cuando no cree nadie? — — — ¿Cómo voy a defender a un Dios que no defiende a los suyos? ¡Filfa! *Arroja un libro al fuego y sale*.

EL POETA *sacando el libro del fuego*.— ¿Sabes lo que es? — Un Martirologio, un calendario con un mártir para cada día del año.

LA HIJA:—¿Un mártir?

EL POETA.—Sí, uno que se deja torturar y matar por su fe. ¡Ya me dirás por qué!

LA HIJA.—¿Crees que todos los que son torturados sufren y todos a los que matan sienten dolor? El sufrimiento es redención y la muerte, liberación.

KRISTIN *entra con unas tiras de papel engomado*.— Yo pego y pego y sigo pegando hasta que no quede nada por pegar...

EL POETA.—Y si se abriera el cielo tratarías de pegar la grieta...

KRISTIN.—¿No hay ventanas interiores en el castillo?

EL POETA.—¡No, no las hay!

KRISTIN.—Pues entonces ¡me voy!

LA HIJA.—

Se acerca el final, se aproxima la hora de la despedida
¡Adiós! ¡Hijo del hombre, soñador,
tú, poeta, que entiendes la vida mejor que nadie,
vuelas con tus alas sobre el mundo
a veces descienes hasta la tierra
para rozarla no para quedar atrapado en ella!

Ahora que me voy... en este momento del adiós
al tener que separarnos de un amigo, de un lugar
¿cómo se intensifica la nostalgia por lo que se ha amado...
y el arrepentimiento por los daños causados...!
Oh, ahora siento todo el dolor de la existencia,

esto es, pues, ser hombre — — —

Uno echa en falta hasta lo que no apreciaba
Uno se arrepiente hasta de faltas no cometidas
Uno quiere marcharse y sin embargo quedarse
El corazón se escinde en dos mitades
que se ven arrastradas en direcciones contrarias,
los sentimientos son desgarrados como entre dos caballos
que tiran en direcciones opuestas
por contradicciones, conflictos, indecisiones.

— — —

¡Adiós! Di a tus hermanos que los recordaré
allí donde vaya y que, en tu nombre,
llevaré sus quejas hasta el trono.
Porque
¡qué triste destino el de los hombres! ¡Qué pena dan!
¡Adiós!

Entra en el castillo. Se oye música. El castillo arde y su resplandor muestra sobre el fondo una pared con rostros humanos perplejos, tristes, desesperados... Cuando el castillo arde el capullo de la flor que hay en el tejado estalla en un inmenso crisantemo.

TELÓN

[Prólogo de 1906]

El telón de fondo representa unas formaciones de nubes que parecen montes pizarrosos con castillos y fortificaciones en ruinas.

Se ven las constelaciones Leo, Virgo y Libra y entre ellas brilla esplendoroso el planeta Júpiter.

LA HIJA DE INDRA está de pie en la nube más alta.

LA VOZ DE INDRA *desde arriba*.— ¿Dónde estás, hija mía, dónde?

LA HIJA DE INDRA.— ¡Aquí, padre, aquí!

LA VOZ.— Te has perdido, hija mía,
ten cuidado, te estás hundiendo...

¿Cómo has ido a parar ahí?

LA HIJA.— Seguí la estela del relámpago en el alto Éter
y me dejé llevar por una nube...

Pero la nube descendió y ahora sigue su descenso...

Dime, excelso padre, Indra, ¿a qué regiones
he venido a parar? ¿Por qué es tan difícil respirar
en esta atmósfera sofocante?

LA VOZ.— Has dejado el segundo mundo y has entrado en el tercero.

Te has alejado de Cukra, la estrella de la mañana,
y te vas acercando a la atmósfera de la Tierra.

Toma como referencia la séptima morada del Sol, se llama Libra,
allí está la estrella del día en el equinocio de otoño
cuando el día y la noche pesan lo mismo...

LA HIJA.— Has mencionado la Tierra, ¿es ese mundo
oscuro y pesado iluminado por la luna?

LA VOZ.— Es la más densa y pesada
de las esferas que vagan por el espacio.

LA HIJA.— Dime, ¿allí nunca luce el sol?

LA VOZ.— Claro que luce, pero no siempre...

LA HIJA.— Se está abriendo la nube
y ahora veo hasta allá abajo...

LA VOZ.— ¿Qué ves, hija mía?

LA HIJA.—Veo... que todo es hermoso... verdes bosques,
aguas azules, blancas montañas y campos amarillos...

LA VOZ.—Sí, es muy hermoso,
como todo lo creado por Brahma...
Pero antes fue mucho más hermoso,
en el inicio de los tiempos; pero algo pasó,
una modificación en la órbita; quizá otra cosa,
una revuelta, seguida de crímenes, que tuvo que ser aplastada...

LA HIJA.—Y oigo sonidos que vienen de allá abajo...
¿Qué clase de seres viven allá?

LA VOZ.—Baja y verás... no quiero
calumniar a los hijos del Creador,
pero lo que oyes desde aquí es su idioma.

LA HIJA.—Suena como... no suena muy alegre.

LA VOZ.—¡Así es! Su idioma
se llama Queja. ¡Sí, sí! Los que habitan la Tierra son
unas gentes insatisfechas y desagradecidas...

LA HIJA.—¡No digas eso! Ahora oigo gritos de júbilo,
disparos y estruendo, veo el resplandor de relámpagos,
doblan las campanas, se encienden fuegos
y miles y miles de voces cantan su alabanza y agradecimiento al
cielo...

Los juzgas con demasiada dureza, oh padre...

LA VOZ.—Desciende, observa y escucha.
Ya me dirás cuando regreses si sus quejas y llantos
están justificados...

LA HIJA.—Lo haré, padre, pero ¡ven conmigo!

LA VOZ.—No, yo no puedo respirar allá abajo.

LA HIJA.—La nube se hunde, hace un calor sofocante, me ahogo...
No es aire lo que respiro, sino humo y agua...
Es tan pesado, me arrastra hacia abajo, hacia abajo
y ahora noto claramente su bamboleo,
el tercer mundo no es, pues, el mejor...

LA VOZ.—Desde luego no es el mejor, pero tampoco el peor.

Se llama Polvo, gira como todos los otros
y por esos sus gentes a veces andan mareadas

en ese territorio impreciso entre locura y desvarío —

Ten valor, hija mía, es sólo una prueba.

LA HIJA *de rodillas, cuando la nube se hunde.*—¡Me hundo!

2005 © De la traducción al castellano

Francisco J. Uriz